

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 62.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 de Enero de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*La obra del proscrito*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*París*, por Emilio Zola.—*Manifestaciones artísticas y literarias*, por Armando Guerra.
SECCIÓN GENERAL: *Una carta*, por Francisco Pi y Margall.—*Cretinópolis*, por Carlos Malato.—*Entre jaras y Brezos*, por Aurelio Muñiz.—*Espiritismo*, por Ripoll.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO IV)

Nada dice en contra de la primera proposición el hecho de que los judíos sean, precisamente, los que niegan existencia personal y divina á Cristo. Niegan á Jesucristo como persona, pero no niegan al cristianismo como doctrina, porque no pueden negarse las realidades. No afirmamos nosotros que haya habido un hombre que se llamé Jesucristo, y no lo afirmamos porque el hecho no tiene valor histórico ni filosófico. Con y sin Jesucristo, existe un cristianismo que importa estudiar, tenga ó no su origen en un hombre que se llamó Jesús; y sólo cuando se intenta dar á ese hombre un valor divino ó cohibir las inteligencias en su nombre, corresponde al escritor positivista combatir la idea en bien propio y en el de la humanidad sobre todo, así como cuando la lógica y el sentido común se hallen del lado opuesto á la mentira consagrada como verdad.

Para sospecharse que puede ser de pensadores judíos el relato de la vida de Jesús, es necesario no olvidar la existencia de la secta de los *ebionitas*, ni las grandes polémicas y cismas que durante siglos suscitó cuestión tan intrincada, en el curso de los cuales, nuevas generaciones, de una misma raza y un mismo pueblo, pueden echar por tierra la obra de sus antepasados. Lo que importa es reconocer que las inteligencias de aquel tiempo inclinábanse del lado cristiano, tanto en lo que se refiere á la creación de una teosofía, cuanto en lo que atañe á la cuestión moral y económica, dilucidado el primer punto por Filón en Alejandría, y por Séneca en Roma el segundo, ayudados ambos por el ambiente étnico, por la evolución de las costumbres y de las ideas y por la necesidad moral que el hombre sentía de acabar con las viejas creencias y las antiguas corrupciones. Y aquí diríamos, y diríamos bien, que el cristianismo fué obra de todos, obra de la sociedad, obra de la evolución, á la cual las energías más

fuentes prestaron mayor suma de actividad, y los pueblos más vírgenes caudal más poderoso de ideas.

Para decir tal cosa, y ahora se presentan los problemas de lógica y de sentido común de que hemos hablado antes, tenemos en cuenta lo que sigue:

Los judíos han legado á las humanidades el *Antiguo Testamento*, en donde se explican, punto por punto, la vida y los milagros de sus profetas. ¿Habían de hacer una excepción de la vida de Jesús? Se dirá: es que ellos lo crucificaron y no quieren la responsabilidad de tal crimen. Mucho mayor es el crimen que cometió Moisés en el monte Sinaí y, sin embargo, no lo ocultan.

Además, ¿cómo era posible que cincuenta años después de la muerte de Jesús el cristianismo fuese ya un peligro en Roma, hasta el punto de merecer la persecución de Nerón? ¿Se tiene en cuenta lo distante que está Jerusalén de Roma? ¿Los medios de locomoción de que entonces se disponía? ¿El tiempo que tardó Constantino en declararse cristiano? ¿Lo que costó aún al cristianismo apoderarse de las inteligencias con todo y contar con la ayuda del poder?

Judíos habían de ser, es decir, paisanos de Cristo, los que transportaron la doctrina del Asia á Europa y Africa, y los judíos son, en su mayoría, los que niegan la existencia de Jesucristo. ¿Dónde narra la Historia que, perseguidos en Judea por los gobernadores romanos, huyeron los cristianos hacia otros países? En Judea á nadie se persiguió por cristiano. ¿Acaso la Historia no nos cuenta las matanzas de cristianos realizadas en Roma? ¿Por qué calla cuando se trata de explicar estas mismas matanzas en Jerusalén y en todo el reino de Judea? ¿Es racional admitir que un ideal, concebido y propagado en Asia, hiciera adeptos en Europa y en Africa y no los hiciera en el territorio que lo vió nacer? Si Pedro fué discípulo de Cristo y uno de los discípulos más viejos, ¿cómo pudo ser obispo de Roma, si cincuenta años después de haber muerto el Maestro apenas si habían empezado las persecuciones cristianas? ¿Cabe admitir que un discípulo de Jesucristo fuese obispo de Roma, si el emperador romano Severo, á los doscientos ochenta años de nuestra era aún decretaba edictos contra los cristianos? ¿Es posible creer en una jerarquía cristiana en la persona de un contemporáneo de Jesús y en la capital del imperio romano, si Roma tardó cerca de cuatrocientos años en ser cristiana? ¿Por qué Pedro no llamó cristianos á los conversos hasta los últimos años de su vida? Por otra parte, ¿por qué Séneca en Roma y Filón en Alejandría sustentaban y propagaban ideas esencialmente cristianas á la misma hora, como quien dice, que Jesucristo moría asesinado á centenares de leguas de distancia? ¿Es esto racional? ¿Cabe admitir que Séneca y Filón hubiesen oído á Jesús? Podían haber oído á sus apóstoles; es más, de Filón se dice que en Roma trabó amistad con Pedro; pero cuando pudieron haberse entablado estas relaciones, Filón había escrito ya las teorías que le han valido el sobrenombre de Platón de los judíos.

Cincuenta años hace, ó muy pocos menos, que se viene propagando el anarquismo, teoría preparada por los filósofos del pasado siglo y principios del presente; los medios de propaganda son hoy muy superiores á los de entonces; los de locomoción, ni que decir tiene, y sólo hace dos lustros que se dictan leyes de represión del anarquismo y que los gobiernos se preocupan de perseguir el ideal ácrata.

Hay otros hechos que demuestran la humanidad de la doctrina cristiana, y que no pudo ser concebida en Jerusalén, sino en Roma y en Alejandría simultáneamente, centro intelectual del período que narramos; pero creemos que los expuestos bastan para convencer al que leyese de que no hace falta la revelación ni la leyenda para

constituir el cristianismo, ni es menester atropellar la lógica y el sentido común para demostrar las excelencias de una doctrina, si realmente las tiene.

*
* *

Es imposible determinar con exactitud la labor intelectual que se efectuó en Alejandría; pero puede indicarse englobando en una todas las manifestaciones de la filosofía alejandrina: el platonismo se convirtió en neoplatonismo al topar con el espíritu judío.

Uno de los primeros pensadores que en la capital de Egipto intentó fusionar la filosofía griega con la teosofía judía, fué Aristóbulo, siglo y medio antes de nuestra era. Le sigue en este empeño el ya mencionado Filón, que, como Séneca, prepara la ciencia de Dios, la razón colectiva. Filón explica y aclara el *Antiguo Testamento* aplicándole pensamientos filosóficos que saca de la filosofía helénica. Sus razonamientos son los de todo espiritualista.

Dios es incorpóreo; no puede verse ni tocarse; sólo puede concebirse en abstracto, por medio de la razón. Es mejor que la ciencia, que la virtud, que el bien, y es más bello que la belleza.

Explicar las ideas de este pensador judío, nacido y criado en Alejandría, es repetir á Pitágoras y á Platón.

Si en Roma y en Atenas nadie se acordaba del espiritualismo platónico, en Alejandría para nada se cuenta con Sócrates, Aristóteles y Epicuro. Ahoga toda filosofía positivista el espíritu dogmático y religioso de los judíos, y de éstos singularmente su gran pensador, en quien se reunían los caracteres psíquicos de todo un pueblo profético y tradicional, enamorado de su pasado y tenido por el elegido de Jehová.

Sólo Saccas, en el siglo III, intenta reconciliar á Platón con Aristóteles, pero en sentido espiritualista, es decir, haciendo de Aristóteles otro Platón, que no otra cosa significa su intento de armonizar al maestro de Alejandro con estoicos y pitagóricos.

Platónico es asimismo Plotino, discípulo de Saccas; pero adorna sus ideas con conceptos tan místicos como los siguientes: «El hombre, abstrayéndose, se confunde con la unidad divina, dejando de ser hombre para llegar á ser Dios. Con el éxtasis nos confundimos con Dios, porque llegamos á ser todo amor. Nuestro espíritu, unido al de Dios, no habita el cuerpo, ni dirige, ni ilumina; en las leyes orgánicas domina el silencio y la obscuridad; el éxtasis es muerte, ó mejor, vida anticipada, porque morir es vivir».

Hemos reproducido la síntesis ideal de Plotino, porque es una nota nueva en el somero estudio que estamos haciendo, y que en adelante se ha de repetir á menudo.

Las ideas que Plotino tiene de la divinidad, de la inmortalidad del alma, de la moral, etc., son las mismas de Platón, pero con el carácter extremadamente neoplatónico que le da su tendencia mística, y que seguramente entra en la constitución teológica que pronto tomará carta de naturaleza con los llamados Santos Padres, maestros en el arte de dogmatizar y en el de reprimir.

Para acentuar más el carácter de la filosofía alejandrina, conviene observar que en la capital de Egipto se constituyó una escuela llamada Siria, la cual, volviendo por la tradición y la religión helénica, pretendía poner el neoplatonismo, creado por el espíritu judío y el espíritu místico cristiano, al servicio de la religión politeísta, en cuyo honor Platón concibió toda su filosofía. Sin embargo, la escuela Siria tenía todos los defectos de la teología que entonces se fundaba, sin ninguna de las cualida-

des de la filosofía griega, que pretendía resucitar convirtiéndola en una especie de litúrgica, en alabanza á los dioses griegos y judíos.

Al lado de ésta se fundó otra escuela que llamaron de Atenas, porque explicaba las ideas de Platón y las de Aristóteles frente á la doctrina cristiana, la cual, después de nutrirse de la filosofía griega, repudió por gentiles á los maestros que le habían dado el ser. No obstante, la escuela de Atenas demostraba, por su poquedad de espíritu y falta de condiciones inductivas, que vivía en el viciado ambiente que la filosofía de la resignación y del sufrimiento creara en Alejandría con los elementos espirituales de Moisés, Platón, Zenón, Filón y Séneca, condensado en el cristianismo primero y más tarde en el catolicismo. El pensador más singular de esta escuela fué Prolo, que se distinguía muy poco de Plotino, extremando tanto el espiritualismo de la filosofía griega, que sin querer fué uno de los primeros filósofos no cristianos que cayeron en la escolástica.

Como se ve, los propósitos de reforma filosófica y los intentos que por volver á la verdadera filosofía realizó el pensamiento alejandrino, resultaron estériles. Se respiraba neoplatonismo, y la doctrina que en proporciones más ó menos considerables no lo tenía en sus componentes, encontrábase, al manifestarse en público y recibir el choque de las conciencias, invadida por el germen del misticismo y del dogma. Una orientación social, moral, intelectual, abonada por elementos filosóficos de suma importancia y por los caracteres embriogénicos é históricos del pueblo judío, de suyo dado al dogma y á la contemplación, empujaba el pensamiento hacia la negación y anulación de sí mismo. Contra esta corriente nada pudo el aristotelismo. Para detenerla era necesario que un cerebro poderoso y sin atavismos dogmáticos resucitara las obras de Aristóteles, y ya hemos visto que el medio social no llevaba por este camino á los atletas del pensamiento.

He aquí por qué la Edad Media fué la edad del dogma y del catolicismo, que extendieron por todo el mundo, después de sostener luchas gigantescas, los filósofos que en la historia religiosa se conocen con el nombre de Santos Padres.

Admira y espanta al mismo tiempo, las luchas que sostuvieron los pensadores de los siglos II, III y IV de nuestra era. La labor fué ardua. Hubo que depurar á la religión cristiana de las herejías gentílicas; fué menester combatir el sinnúmero de cismas que se levantaron contra la existencia de Cristo primero, contra sus atributos después, contra la divinidad y virginidad de su madre más tarde, y siempre contra los dogmas cristianos. Los cismas y las herejías fueron vencidos materialmente, pero su espíritu persistió largo tiempo; y si en nuestros días han desaparecido por completo, también el catolicismo ha desaparecido.

FEDERICO URALES.

(Continuará este capítulo.)

LA OBRA DEL PROSCRITO

Los moldes imprimen forma á la masa que con ellos se pone en contacto.

La constitución jurídica, política y económica de un país es como un molde al que se ajusta como blanda pasta la masa popular, revuelta en el impersonal comunismo de la ignorancia, de la rutina, de la incapacidad individual.

Estamos hechos á ser fieles de una Iglesia, creyentes de un dogma, vasallos de un rey, ciudadanos de una nación, sectarios de una escuela ó doctrina, partidarios de un programa, animales de reata y bestias de carga, pero no á ser hombres. Si lo fuéramos tendríamos criterio propio, ideas claras, pensamientos bien definidos, voluntad fija, y no sería posible la existencia de definidores, jefes ni pontífices de ninguna clase; las iniciativas frescas, espontáneas, racionales, brotarían por modo maravilloso, y con ellas, individualmente ó reforzadas por la asociación, acometeríamos grandes empresas, merced á las cuales, aquel ideal que niegan los malos y los escépticos ó que conceden como muy remoto los que no tienen fe para negarle ni afirmarle, se acercaría rápidamente, arrollando privilegios, desvaneciendo preocupaciones é iluminando el mundo con el hermoso resplandor de la felicidad.

Las modificaciones de la masa, dejando intacto el molde, han esterilizado todos los esfuerzos revolucionarios intentados hasta el día.

Véase si no: hemos llegado en teoría á concebir una democracia perfecta, díganlo las constituciones de la treintena de repúblicas diseminadas por el globo terráqueo, y cuéntese por añadidura algunas monarquías constitucionales, como Inglaterra, Bélgica, etc.; en ellas se han consignado los derechos individuales y la soberanía popular... pero á la par se mantiene vigente la usurpación propietaria tal como la concibieron los primitivos legisladores.

Háblase de fraternidad humana en las religiones, del bien común en los tratados internacionales, de solidaridad científica universal en la Universidad, de reciprocidad para el cambio y el crédito á través de las fronteras en las instituciones económicas; rómpense los istmos, perfóranse las montañas, cruzan el mundo en todas direcciones líneas férreas y barcos innumerables... pero la base fundamental de las naciones consiste aún en el brutal *Væ victis* que pronunció, casi en los albores de la Historia, un salvaje que no pecaba de hipócrita.

No se concibe mayor incongruencia que la que existe entre lo que se dice y lo que se hace en la sociedad actual.

Esto es insostenible.

Todas las injusticias, todos los absurdos constitucionales de los tiempos pasados tenían su justificación en los errores de las doctrinas y en la nebulosidad de las conciencias.

El mal tenía su lógica.

Por eso cuando juzgamos un hecho histórico nos remontamos al criterio dominante en su tiempo, y lo excusamos; casi resulta correcto.

En cambio, el millonario de New York y el semiesclavo de las minas de Pensylvania, el lord de Londres y el colono irlandés, el aristócrata madrileño y el gañán andaluz, el burgués de Barcelona y el obrero catalán, la rica heredera y la pupila del lupanar, el capitalista europeo y americano, cosmopolitas del vicio, y el infeliz trabajador que vegeta en el país en que nació ó que emigra para morir con la esperanza de mejorar de vida, hermanos todos, según la religión, y conciudadanos por las leyes de sus respectivos países, unidos por las palabras y calificativos más melifluos, de hecho están separados por abismos de explotación y de odio, de tiranía y de servilismo.

Para nuestra época no hay excusa ni justificación posibles; estamos en déficit horroroso con la razón y con la justicia.

¿Y eso ha de durar?

Por lo pronto, los gobiernos de todas las naciones, temerosos de que cualquier

Breno cubierto de entorchados pueda insultarles con el famoso «¡ay de los vencidos!», profesan la máxima *Si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepárate para la guerra). Por consecuencia, ejércitos numerosos y armadas formidables son una amenaza permanente y una ruina positiva, en tanto que en las naciones que presumen de civilizadas hay partidos populares que proclaman el militarismo y se embriagan de estúpido entusiasmo ante el espectáculo de los batallones en formación, por el brillo de las armas, el estruendo de las músicas, el oropel de los galones y la garrulería de los colorines.

A todo esto, ni en cátedra alguna, ni en la tribuna de ningún Parlamento, ni en la prensa universal apunta una idea salvadora, una promesa de esperanza, una solución razonable, y todo parece un charco cenagoso, donde por fuerza la corrupción ha de aniquilarlo todo...

Así acabaría si no estuviese presente y alerta para evitarlo, para salvarlo todo, para regenerar el mundo, para crear nueva vida, el proscrito, el eterno proscrito, el privado de todo derecho, el que sufre el odio de los poderosos y el rencor de los ignorantes, pero que lleva en su cabeza la idea fecunda del bien y en su pecho el amor capaz del sacrificio.

Triunfen los poderosos clínicos, aplaudan las ignorantes multitudes, revístanse la maldad y el error con los majestuosos atavíos del bien y de la verdad, contribuyan á tan nefanda obra los privilegiados inteligentes ó los inteligentes aspirantes á privilegiados, refuercen entre todos aquel molde maldito que á todos y á todo infama; pero no crean hacerle indestructible, porque el excluido de la normalidad legal, el desheredado de la familia humana, el privado de la alegría de sentir, pensar y querer, en concierto con sus descastados hermanos; el que por único goce se reserva la satisfacción íntima del conocimiento del deber cumplido; el que se siente tan grande que da á la aprobación de su conciencia mucho más valor que á la ovación de las multitudes, ese, olvidado y pobre, trabaja por el pro común, y la naturaleza, pronta á su conjuro, y desoyendo los votos de cónclaves, concilios, Parlamentos, tribunales y academias, le otorgará, con el término de la evolución progresiva, el triunfo revolucionario.

El molde jurídico, político y económico, conocido y perfectamente determinado, es, al empezar el siglo xx, el obstáculo que dificulta el camino al ideal; romperle es la tarea del nuevo siglo.

A propietarios y nacionalistas les esperan días amargos.

Pero la justicia será.

ANSELMO LORENZO.

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XXIII

La revolución y los campesinos.

Los campesinos y la abolición de la propiedad.—Supresión del dinero.—Las revoluciones pasadas y los campos.—Cambios de superficie.—En contra de los campesinos.—Difusión de ideas.—Nuestra ignorancia sobre el porvenir.—Lo que pudiera ser una insurrección de campesinos.—Dificultad de represión.—Modo de interesar á los campesinos por la revolución.—Diversos aspectos de la revolución.—La armonía se desprende del caos.

Una de las más sólidas objeciones que se hayan podido hacer contra la abolición

de la propiedad individual, es el cariño que ata al campesino á sus tierras, su afán por ensancharlas á fuerza de penosos trabajos y duras privaciones.

La objeción tiene valor, en efecto, y el obstáculo es de los que exigen reflexión; no obstante, nosotros intentaremos salvarlos.

Si, como los parlamentarios, esperásemos para llegar á la realización de nuestra finalidad, que por la promulgación de decretos la tierra llegara á ser de todos sin ser de nadie, sería cosa harto difícil hacerla comprender á las gentes y tal vez no lo lográsemos; pero el punto de vista con que la generalidad juzga la propiedad, nos importa poco en el fondo. Lo que queremos, antes que todo, es que cada cual pueda emplear sus fuerzas como mejor le parezca, trabajar para la satisfacción de sus necesidades, sin doblarse forzosamente por la explotación de un semejante.

Luego, cuando el valor representativo del cambio se haya abolido, cuando los hombres no detengan en su poder más que las herramientas que puedan poner ellos mismos en movimiento, será naturalmente forzoso dejar á la disposición de los demás lo que no puedan trabajar ó hacer trabajar á otros en provecho propio. Será el hecho en sí quien obligará á las gentes á modelarse al nuevo estado de cosas. El campesino que tenga la tierra arrendada comenzará por trabajarla por cuenta propia, recibiendo á latigazos á quien venga á exigir tributos de ninguna especie.

El gran propietario agrícola que ocupa muchos esclavos del terruño, se verá obligado á formar parte de ellos cuando, habiendo perdido su valor el dinero, todo el mundo se niegue á trabajar á sueldo.

Pero este estado de espíritu habrá debido prepararse por una larga y activa propaganda difundiendo la idea, de modo que al llegar la revolución no encuentre en los campesinos un enemigo de combate.

*
* *

En las revoluciones políticas pasadas, los campesinos no han entrado para nada en el movimiento que se operaba.

Se derribaba el gobierno en París; algunas grandes ciudades tomaban parte en la lucha, persiguiendo á los funcionarios, rompiendo las insignias del poder caído. Los más atrevidos, situándose en el puesto de los funcionarios anteriores, administraban como sus predecesores. Y las cosas tomaban muy pronto su curso habitual.

Los habitantes de los campos se enteraban de que en algún puesto había habido un cambio político, porque así lo oían decir. Una vez instalado el nuevo gobierno, una proclama enseñaba á sus administrados que nuevos protectores se habían encargado de su felicidad.

Luego los campesinos se vengaban inconscientemente del poco caso que de ellos se hacía. Los nuevos directores, sintiendo la necesidad de legitimar su situación, convocaban á elecciones por medio del sufragio universal; entonces los campesinos mandaban al Parlamento todos los partidarios de sistemas retrógrados para oponerse al establecimiento de las reformas que los nuevos directores hubieran tenido la veleidad de ensayar.

Sabemos que el objetivo de todo gobierno es asegurar su estabilidad y no introducir mejoras en su propio mecanismo. Así, pues, ante el obstáculo rural, los nuevos instalados se daban prisa á volver á las prácticas de sus predecesores.

En la revolución anarquista, las cosas se desarrollarán muy de otro modo, porque no consistirá sólo, como en las que ha habido hasta aquí, en un cambio de hombres.

Los espíritus emancipados no se contentarán con una modificación superficial, sino que exigirán la transformación completa de todas las relaciones sociales.

Desde este punto de vista, la concepción anarquista será muy saludable. Desarrollando en el individuo el espíritu de iniciativa, la necesidad de romper obstáculos le hará prescindir de directores.

La burguesía, iniciando á las gentes en la lectura, á pesar de sus deseos de dar las ideas ya hechas, las ha colocado en el caso de poder reflexionar algo más; ó por lo menos ha hecho la propaganda más accesible: el campesino actual va entrando en el terreno de la evolución que le ha de llevar á la revolución futura.

Poco á poco las ideas de emancipación se infiltran hasta en los más pequeños villorrios; los cambios de residencia son más frecuentes; las relaciones más continuas y numerosas. Los periódicos entran en todas partes, y los reaccionarios, ridiculizando ó calumniando las nuevas ideas, ayudan inconscientemente á difundirlas, porque obligan á discutir, y siempre se halla algún espíritu independiente que quiere conocer la verdad; así se abre brecha al muro del mundo viejo.

Tratar de cómo se hará la revolución y qué transformación efectuará, es materia novelesca que debemos evitar y combatir. Nuestras previsiones no tienen más que un objeto: acostumbrarnos á reflexionar sobre la situación para que nada nos sorprenda, y cuando la revolución llegue, sabernos inspirar en las circunstancias.

Ignoramos lo que sucederá mañana, y menos debemos saber lo que es indefinido como tiempo y acontecimiento.

Sabemos que la organización antagónica de la sociedad nos lleva á la conflagración; que sus injusticias y sus abusos son el germen del cataclismo, pero nada más.

Todo lo que prevemos y meditamos puede ser cambiado por las circunstancias; pero serán ideas emitidas, teorías escalonadas sobre las que ascenderán los que intervengan en los acontecimientos futuros; por eso no perdemos el tiempo elaborando proyectos que, si no se realizan integralmente, influirán no obstante en la evolución hacia el porvenir.

* * *

De cualquier modo que la revolución se produzca, los que tengan la dicha de tomar parte activa en ella, no deben olvidar que su triunfo no estará asegurado, interin entre sus filas no se cuenten un gran número de campesinos. Estos, si no están iniciados en las nuevas ideas, se les debe iniciar combatiendo la propiedad y organizándolos para la producción libre.

Por la Historia sabemos el trastorno que produce en la máquina gubernamental la sublevación de los campesinos. Debemos, pues, trabajar en la difusión continua de la idea para inducirles á la lucha contra la autoridad.

El ejército y la policía, no son fuertes más que cuando la revolución se concentra en algunas poblaciones; esto les permite obrar en grandes masas y su triunfo es seguro; pero si se ha de fraccionar para extender su acción hasta en las más remotas y pequeñas aldeas, su causa está perdida.

Los revoltosos de los campos, pueden generalmente operar con muchas ventajas y probabilidades de éxito, porque las fuerzas gubernamentales suelen estar concentradas en las grandes ciudades.

En tiempo ordinario, los puntos de los gendarmes pueden mantener el orden del país que está bajo su vigilancia; pero en tiempo de revolución, cinco ó seis pobres brutos poco pueden hacer contra el país sublevado.

Además, puede darse el caso, como en ciertos países que yo conozco, que el Ayuntamiento, con su alcalde, esté contaminado por las ideas modernas de emancipación, y con su intervención podían poner trabas á los agentes del gobierno y fomentar el desarrollo de la revolución.

Los campesinos sublevados tendrían tiempo sobrado, antes que llegaran las fuerzas del ejército, para destruir las murallas, cercados y límites de propiedad, y para hacer hogueras con todo el papelote del Ayuntamiento, el notario y otros registros en los que se halla la santificación legal de esta sociedad injusta. Luego, sucediera esto ó lo otro, lo hecho no podría deshacerse.

Los campesinos que de 1789 á 1793 incendiaron los castillos feudales, pueden servir de ejemplo para el porvenir.

En este movimiento se ve á la autoridad forzada á dividir sus fuerzas para enviar pequeñas fracciones á reprimir las tentativas de sublevación, iniciadas en varios puntos á la vez; y la mayor parte, imposibles de reducir al orden, por la complicidad de la población en masa, los agentes encargados de la represión no tienen otro remedio que presenciar los hechos consumados y resignarse á dejarlos impunes.

Esto, sin contar que la situación topográfica de algunas regiones, permite á sus habitantes la resistencia indefinida contra fuerzas muy superiores.

Imaginémonos que estas sublevaciones locales estallan en una semana en todas las regiones de la nación y veremos al gobierno incapaz de sostener la lucha en tales condiciones. Se vería obligado inmediatamente á hacer toda clase de concesiones, y si el ideal de emancipación completa no estaba bastante desarrollado, algo se habría adelantado en el camino del progreso.

Para demostrar la solidaridad hacia los campesinos, los obreros sublevados no deben limitarse á dirigirles discursos, manifiestos y exhortaciones análogas: á la teoría debe unir la práctica. Todos los instrumentos de mecánica agrícola que se tengan en posesión, será conveniente mandarlos á los pueblos rurales, en donde se tengan elementos propagados, á la par que algunos individuos que enseñen el manejo y mantengan la efervescencia revolucionaria.

Esto tendrá un doble interés: hacerles aceptar la revolución por las ventajas que les producirá; agruparse para el manejo de los grandes instrumentos puestos á su disposición y hacerles comprender la necesidad del trabajo en común por las ventajas que con él se obtienen. Sin contar que la aplicación de los grandes instrumentos de producción necesitan grandes espacios para funcionar, y que por esta razón la presencia del instrumento combate el apego que el campesino tiene á su pequeño campo, de paso que le enseña la simplificación del trabajo y la gran diferencia en la clase y cantidad de lo producido.

El trabajo hecho en común, acostumbraría muy pronto á poner los productos también en común y gradualmente se perdería la funesta noción de lo *tuyo* y lo *mío*.

Las ciudades contribuirían á ensanchar la idea de su comunismo remitiendo á los campesinos los productos de su industria: muebles, ropas, vestidos, joyas, porcelanas, baterías de cocina, etc., etc. Desprendiendo de todo lo que no se tuviese inmediatamente necesidad, se acostumbraría á los labriegos á recibir y dar sin fijarse en detalles, sin contar.

Tal vez en ciertos objetos sería necesario al principio efectuar el cambio, darles la mayor parte; pero una vez acostumbrados á recibir todo cuanto necesitaran, sin empleo de ninguna moneda, no tardarían en acostumbrarse á este modo de operar.

Una vez convencidos de que siempre tendrían á su disposición cuantos objetos fueran necesarios para su vida material, sus diversiones y fantasías, mandarían sin ningún reparo á las ciudades el producto de sus cosechas excedente de su consumo.

*
* *

Pero cuando las cosas hayan llegado á este punto, estaremos en el principio del fin. La máquina gubernamental dislocada no servirá de gran socorro á la burguesía.

Lo que sucederá probablemente, es que se crearán gobiernos por todas partes; según el orden de ideas que predomine en cada región, se establecerán organismos políticos y económicos diferentes.

En algunas poblaciones ensayarán la organización municipal federativa; en otras adobarán este principio con levadura socialista, con objeto de contentar un poco á los desheredados y respetar los «derechos adquiridos», cosas ambas inconciliables.

Esto será el desorden, el caos, probablemente; porque sucederá que más de un grupo querrá imponerse á otros; pero de ese desorden, de ese caos, surgirá la solución futura, que será la marcha progresiva hacia la armonía, si se halla un núcleo bastante fuerte que haga respetar su autonomía y enseñe á los demás, por el ejemplo, á respetar la libertad ajena.

En todo caso, lo que indico sería la aurora del mundo futuro que empezará á abrirse paso empujada por las voluntades decididas á conquistar la emancipación humana.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

DE LA RESISTENCIA Á LA FATIGA

Variabilidad de la resistencia á la fatiga.—Efectos de la inacción.—Efectos de la actividad habitual. La diferencia de vida conduce á la diferencia de conformación; animales frugívoros y cazadores; la carne de la liebre y la del lobo.—El mozo de cordel y el hombre de gabinete. Cómo se explica la adaptación al trabajo

Las personas que durante largo tiempo han estado alejadas de los ejercicios corporales, y cuyo organismo siente con viveza la necesidad de volver á ellos, son los que más pueden temer la fatiga y los que más riesgo corren de caer en el estado de recargo. Por el contrario, aquellas que se entregan diariamente al trabajo muscular, adquieren el privilegio de desafiar la fatiga y de resistir victoriosamente sus más graves ataques.

Pero esta inmunidad, que se gana por el trabajo, se pierde muy rápidamente por la inacción; no puede conservarse, sino á condición de mantener en el cuerpo el hábito del ejercicio muscular.

Puede decirse que el reposo demasiado prolongado es la condición más eficaz para predisponer el organismo á la fatiga. Las agujetas son desconocidas á los hombres que llevan una vida de trabajo muscular continuo; los accidentes del recargo difícilmente les alcanza. La fatiga, bajo todas sus formas y en todos sus grados, deja sentir sus efectos sobre todo á los que descansan demasiado.—Hay mujeres que jamás dan un paso en la calle: su carruaje las dispensa de ello; que no hacen el más pequeño esfuerzo para vestirse: su doncella les evita ese trabajo. Para estas personas, un paseo á pie por el boulevard es causa de fatiga y de agujetas. Si un día por casualidad se deciden, á instancias de su médico, á pasear una hora, tienen que guardar cama con fiebre al día siguiente. Entonces se llama á toda prisa al médico y se le dice lo bárbaro que ha sido por obligar á su enferma á servirse de sus piernas.—En cambio, un cartero rural anda diariamente de 30 á 40 kilómetros en sus comisiones, no experimenta ningún malestar al acostarse y se levanta más dispuesto cada mañana.

La energía moral no es la verdadera causa de la resistencia á la fatiga. La mayor parte de las veces, lo que constituye la diferencia entre la potencia de trabajo de dos individuos, más que la manera como están dotados, física y moralmente, es la preparación que han sufrido ó el género de vida que han llevado; es menos su temperamento que la aptitud adquirida.

Entre los animales domésticos hay grandes diferencias en esta aptitud. Los animales salvajes, por el contrario, tienen sensiblemente la misma aptitud para soportar un esfuerzo muscular prolongado. Dos lobos de la misma edad tienen, poco más ó menos, la misma velocidad y la misma resistencia. Dos perros, aun cuando sean hermanos, presentan frecuentemente diferencias considerables en su resistencia á la fatiga. Esa diferencia entre los animales domésticos viene de las numerosas variaciones que el estado de domesticidad introduce en su género de vida. La igualdad notada en los animales salvajes, desde el mismo punto de vista, obedece á la semejanza de las condiciones de su existencia.

¿Cuáles son las condiciones que producen la resistencia á la fatiga? Se ha respondido, desde hace mucho tiempo, á esta cuestión, al menos empíricamente y con hechos. Se sabe que ciertas prácticas de trabajo muscular, asociadas á la observancia de cierto régimen, asociación que se designa con el nombre de *adiestramiento*, crean rápidamente, tanto en el hombre como en el animal, la facultad de soportar sin perjuicio un ejercicio violento y prolongado, que, sin esa preparación, habría determinado graves accidentes en el organismo. Se sabe también que la resistencia adquirida por el adiestramiento se pierde inmediatamente que el individuo vuelve á las condiciones de vida de que aquel método le había hecho salir.

¿Por qué el hombre que se entrega diariamente al ejercicio muscular adquiere, por el hecho mismo del trabajo, la facultad de trabajar sin fatiga? Generalmente, se da á esta pregunta una respuesta muy sencilla: se dice que el hombre se ha «habituado» á la fatiga. Los que quieren dar á su explicación un tinte más científico, hablan de la «adaptación» del cuerpo al trabajo.

Si se considera la fatiga como un padecimiento, es un absurdo afirmar que el hombre se habitúa á la fatiga. Nadie se habitúa á un padecimiento hasta el punto de no sentirlo. ¡Preguntad al hombre atacado de una neuralgia rebelde si padece menos porque lleve mucho tiempo padeciéndolo! No debe decirse que un hombre habituado al trabajo «soporta» bien la fatiga. No tiene que soportarla; no se produce.

El hombre bien adiestrado resiste fácilmente á la fatiga, no porque desprecie la

sensación penosa que acompaña habitualmente al trabajo, como los estoicos despreciaban el dolor, sino porque esta sensación no se manifiesta en él, ó al menos, se produce muy atenuada, muy soportable. De modo que la resistencia á la fatiga no es debida á la mayor tolerancia del individuo, sino á la menor intensidad del malestar experimentado.

La resistencia á la fatiga es el resultado de un cambio material, producido por el ejercicio frecuente, en la estructura de los órganos que soportan el trabajo. Cuando se dice que un hombre está «endurecido» para la fatiga, hay que tomar esta expresión en el sentido propio, y no en el figurado. El trabajo produce en todos los tejidos del cuerpo cambios de nutrición que los hacen más resistentes, más firmes, que los aco-razan, si así puede decirse, contra los choques y los frotamientos, y los garantizan contra los accidentes del trabajo. El reposo prolongado, al contrario, hace que los tejidos sean más blandos y más vulnerables.

Un jardinero que trabaja de la mañana á la noche, no siente en las manos molestia alguna por el manejo del azadón; un hombre de gabinete que se entregase una hora al mismo ejercicio, sacaría las manos doloridas.—¿Tiene el jardinero más energía que el literato? No; lo que tiene es la piel más gorda. No se producen ampollas sobre la epidermis callosa que recubre las regiones de una mano habitualmente en contacto con la herramienta. Este hecho es todo lo evidente que puede serlo un hecho, y nos da un ejemplo de lo que sucede en el organismo bajo el influjo del trabajo diario. Todo órgano que trabaja sufre una modificación material, de donde resulta una mayor aptitud para soportar el trabajo sin molestia.

Por el ejercicio diario, los músculos se endurecen y devienen más elásticos; se hacen también más aptos para resistir á los estirones y á las desgarraduras, y más propios también para proteger, contra los choques del exterior, las partes sensibles que están recubiertas por ellos: filetes nerviosos, órganos internos. Un pugilista bien adiestrado no siente los puñetazos; el puño del adversario es el que se lastima al pegarle.

El ejercicio no se limita á endurecer la piel y los músculos; consolida todos los órganos del trabajo. Los animales domésticos que hacen un servicio penoso adquieren tendones duros y sólidos. En las bestias salvajes, hay gran diferencia entre los animales frugívoros y los cazadores. Los carniceros, que viven de su caza y tienen que estar siempre alerta para espiar y perseguir su presa, presentan la exageración del tipo del animal adiestrado. Sus tendones, las aponeurosis que envuelven los músculos, y los músculos mismos, adquieren la dureza de la madera. Para formarse una idea del endurecimiento de los tejidos del animal cazador, hay que disecar, como yo lo he hecho, un lobo viejo; apenas si el cuchillo puede entrar en los tendones y en los tejidos fibrosos. Lo mismo pasa con las aves que viven de la caza, el halcón, el gavián. Todas las bestias que llevan vida de rapiña tienen que estar en continuo movimiento; y este ejercicio sin interrupción á que se entregan modifica la estructura de sus órganos, hasta el punto de darles una resistencia sorprendente.

Los demás animales salvajes, que se alimentan de vegetales, tienen una estructura completamente distinta. La liebre, la perdiz, la codorniz, salvo en los sustos que les da el cazador de vez en cuando, pasan su vida picoteando y escogiendo una nutrición abundante, siempre á su alcance; duermen tranquilas y se mueven poco. Así, su carne es grasienta y tierna, sus músculos blandos y llenos de jugos sabrosos.—Se come la liebre y la codorniz, y su carne se deshace en la boca; no se come la del halcón ni la del lobo, porque nos romperíamos los dientes.

La diferencia de trabajo es la causa de estas diferencias tan marcadas que se observan en la estructura de esos animales. Las mismas diferencias se observan en los hombres. En el anfiteatro, cuando se disecciona un hombre que se ha dedicado durante su vida á ejercicios violentos ó á trabajos penosos, asombra la notable resistencia y la solidez de todos los tejidos que concurren al movimiento. Entonces se comprende fácilmente que esos músculos fuertes y voluminosos, esas aponeurosis gruesas y sólidas, esos tendones secos y duros como el acero, puedan resistir sin sufrimiento todas las sacudidas del trabajo.

Los huesos mismos se adaptan, por un crecimiento de volumen y de densidad, á la función más enérgica de los músculos que en ellos se insertan. Se han pesado huesos de caballos de carrera, que han hecho durante muchos años el trabajo violento del hipódromo; se han pesado á la vez huesos de caballos de la misma marca, que han pasado su vida tranquilamente pastando; el esqueleto de los caballos de carrera era mucho más pesado y sus huesos eran más duros y más resistentes. En el hombre, el trabajo muscular imprime también á la nutrición de los huesos una modificación que puede apreciarse muy bien. Puede fácilmente decirse, con el simple examen de un esqueleto humano, si el individuo á que pertenecía ha tenido una vida de trabajo muscular ó si ha vivido en la ociosidad física. Los puntos de los huesos en que se insertan las fibras musculares son lisas y regulares, cuando los músculos han permanecido inactivos; al contrario, si el individuo era un trabajador, los puntos de sutura de los músculos son salientes y se desarrollan en ellos rugosidades destinadas á proporcionar á sus fibras una unión más sólida.

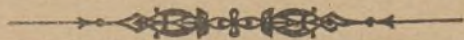
Además de estos cambios, tan fáciles de comprobar en el organismo á consecuencia del trabajo, existen ciertamente otros muchos, que nos son menos conocidos. Es absurdo, por ejemplo, pensar que el epitelio de las membranas sinoviales no sufra, bajo el influjo de los enérgicos rozamientos del trabajo, modificaciones análogas á las de la epidermis, que se hace más gruesa, y más apta, por tanto, para soportar, sin perjuicio, presiones violentas. Asimismo, todo induce á creer que los filamentos nerviosos que atraviesan los músculos están sujetos á un trabajo de protección análogo. El nervio está rodeado de una envoltura fibrosa, el neurilema; los elementos que componen esta envoltura protectora participan probablemente de esa nutrición más intensa de todos los tejidos fibrosos por influjo del trabajo; así, sin duda, puede explicarse la disminución progresiva del malestar experimentado en una región que trabaja. La contracción muscular repetida se hace menos dolorosa, porque los filamentos nerviosos que atraviesan el músculo se encuentran mejor protegidos contra las presiones y los rozamientos, por la mayor resistencia de su neurilema.

En resumen; el ejercicio muscular tiene un influjo considerable sobre los movimientos de nutrición, y á este influjo son debidos los cambios observados en la conformación de un individuo habituado á hacer trabajar sus músculos.

El cuerpo del hombre ó del animal, bajo el influjo de un ejercicio regular y progresivamente aumentado, se modifica en un sentido que hace más fácil la ejecución del trabajo. Este es el secreto de la «adaptación».

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)



CRÓNICA CIENTÍFICA

Un gran invento en secreto absoluto.—Las fuerzas naturales.—Las corrientes telúricas.—Las corrientes eléctricas de la atmósfera: experimentos de M. Blavier.—Los motores solares: ensayos de MM. Mouchot y Ericson.

El problema de la substitución del carbón por los agentes naturales como fuerza motriz se halla á la orden del día hace ya bastante tiempo. Por todas partes se formula con espanto esta pregunta: ¿Qué será de nosotros cuando la hulla y la antracita se agoten? A lo que se responde generalmente con optimista confianza: Cuando llegue ese momento habremos tenido tiempo de sobra para hallarles un substituto, utilizando las reacciones químicas, la electricidad ó las fuerzas naturales.

Por lo pronto, por más que la química y la electricidad hayan hecho progresos admirables, lo cierto es que continuamos quemando carbón; y así sucederá durante no sabemos cuánto tiempo. En el fondo, disolver cinc en ácido sulfúrico para producir una energía eléctrica, ó quemar carbón en un hogar para crear una energía calorífica, es lo mismo. Tanto riesgo se corre de agotar el metal como el combustible.

Por fortuna aún no hemos llegado á este punto; pero el carbón se pone muy caro, y es bueno estar sobre aviso.

Un ingeniero inglés, Mr. Joseph Knight, pretende haber resuelto el problema utilizando la energía del aire por medio de un aparato, con el cual ha hecho ya experimentos notables, pero sobre cuya teoría se guarda el más absoluto secreto, siendo inútiles cuantas diligencias hemos practicado para desvanecer el misterio. Únicamente el inventor y algunos peritos del Almirantazgo británico conocen los detalles del nuevo motor.

Lo único que podemos decir por hoy es que los ingenieros que presenciaron los ensayos se muestran asombrados y creen que no está lejos el día en que no se necesite el carbón para el movimiento de los trenes, de los barcos y de las fábricas; que el Almirantazgo está ya en tratos con M. Knight para comprarle su invento, y que el nuevo motor, por la natural curiosidad que inspira el misterio, es actualmente objeto de todas las conversaciones en los centros científicos é industriales del Reino Unido.

*
* *

Aparte de los saltos de agua, del movimiento de las olas y de la fuerza del viento, se ha pensado en distintas ocasiones en utilizar como origen de energía motriz el calor solar y las corrientes telúricas.

Se ha reconocido que toda corriente telúrica accidental corresponde á una perturbación magnética; en otros términos: las corrientes telúricas corresponden á las variaciones del magnetismo terrestre, y si se admite, lo que no es seguro, que las variaciones magnéticas son debidas á corrientes eléctricas, puede deducirse de ello consecuencias importantes. M. Blavier hizo sobre este asunto, hace algún tiempo, experimentos muy curiosos: tomó tres líneas diferentes, situadas, una entre París y Lille, la segunda de París á Juvisy, sobre la prolongación de la primera, y la tercera paralela á las otras dos, pero situada á unos 360 kilómetros de distancia, de Nancy á Dijon. Las resistencias totales eran iguales á 10.000 ohms para las líneas de París á Lille y de Nancy á Dijon, y de 1.000 ohms para la línea mucho más corta de París á Juvisy. Estas tres líneas han suministrado curvas absolutamente idénticas. Queda, pues, probado que

las corrientes telúricas corresponden á un fenómeno general y que las circunstancias locales—ríos ó montañas—no ejercen sobre ellas influencia alguna.

Ahora bien, cuando la declinación aumenta, la corriente inducida que se desarrolla en los hilos telegráficos es de sentido contrario á la que produce este aumento. Pero las curvas telúricas dan á cada instante la dirección de esa corriente inducida; puede, pues, deducirse de ella la de la corriente que obra sobre la aguja imantada.

Conociendo la dirección de esta corriente se puede saber, por el sentido de la variación de la declinación ó de la componente horizontal, si existe por encima ó por debajo de la aguja. El examen de las curvas demuestra que á una corriente telúrica que vaya de N. á S. corresponde siempre un aumento de la declinación. La corriente eléctrica que produce la variación magnética debe, pues, ir de S. á N., y para desviar la aguja imantada hacia O. debe circular en las regiones superiores de la atmósfera y no al interior de la tierra.

La comparación de las curvas que dan la variación de la componente horizontal y las corrientes telúricas sobre las líneas que van de E. á O. conducen al mismo resultado.

Así, pues, las variaciones del magnetismo terrestre, regulares ó accidentales, se deberán á corrientes eléctricas que circulan en la atmósfera, á una distancia mayor ó menor del suelo, y cuyo circuito se completa á una profundidad de la tierra bastante grande para no tener acción sobre la aguja imantada.

¿Es acaso la energía de esas corrientes eléctricas que circulan en la atmósfera lo que utiliza Mr. Knight en su motor, al cual ha dado el nombre de motor atmosférico? Pronto lo sabremos.

*
* *

Respecto del motor solar, que ha hecho célebre el nombre de su inventor M. Mouchot, ha recibido disposiciones muy variadas, sin haber podido penetrar en el terreno de las aplicaciones industriales. Una de las disposiciones más notables del motor solar fué inventada por un ingeniero americano, Mr. Ericson. El aparato consiste en una caja rectangular de fondo cóncavo, guarnecida en su interior de espejos para concentrar los rayos reflejados sobre una caldera cilíndrica, colocada en el sentido de la longitud por encima de la caja. Esta caldera contiene el medio activo, aire ó vapor, que sirve para transmitir la energía solar al motor.

La transmisión se efectúa por medio de cilindros provistos de pistones y de válvulas. El fondo de la caja está formado de planchas planas de madera, sostenidas por nervio de hierro apoyados contra los bordes. Sobre estas planchas se fijan reflectores de cristal planos azogados por las dos caras. Las dimensiones de la caja son de 4 metros de largo por 5 $\frac{1}{4}$ de ancho, comprendida una abertura de 32 centímetros colocada en el fondo, paralela á las planchas. La caja está sostenida por dos listones paralelos, y la caldera por placas verticales sujetos á los listones.

La caldera tiene 17 centímetros de diámetro, 3 $\frac{1}{2}$ metros de largo, y la superficie que expone á los rayos reflejos es de unas 1.300 pulgadas cuadradas.

Las placas reflectantes interceptan un haz de rayos cuya sección es de 20.000 pulgadas superficiales. El sistema se apoya sobre un eje central, sobre el cual puede girar.

El cambio de inclinación se efectúa alrededor de un eje horizontal; un ligero impulso permite cambiar su inclinación y hacerlo girar.

Una sola revolución de la máquina desarrolla más fuerza que la que se necesita para orientar la caja y arreglar su inclinación frente al sol durante el funcionamiento de un día.

La velocidad de la máquina ha sido de 120 vueltas por minuto; pero la fuerza producida es, naturalmente, demasiado débil para hacer el aparato apropiado á los usos industriales. Trátase, pues, de un ensayo. Es de esperar que los inventores encontrarán pronto algo más práctico en esta vía.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

PARIS

(Continuación.)

—¡Ah! la baronesa es quien le envía. ¡Qué bien la reconozco en esto! ¡Incapaz de adoptar un partido por sí misma, y demasiado cuidadosa de su tranquilidad para hacerse nunca responsable de cosa alguna!... ¿Por qué quiere ella que sea yo quien tenga enojos? No, no, señor abate, seguramente no faltaré á todos nuestros reglamentos, ni daré una orden que me indispondría tal vez con todas esas señoras. Usted no las conoce, ni sabe que son terribles cuando están en sesión.

Fonségue se defendía con aire de broma; pero estaba resuelto en el fondo á no hacer nada. Y bruscamente, Duthil, reapareciendo con la cabeza descubierta, corrió por los pasillos para reunir los ausentes, interesados en la gran discusión que comenzaba.

—¿Cómo, Fonségue, aún está usted ahí? ¡Vaya usted pronto á su banco! Es cosa grave.

Y desapareció.

El diputado sin embargo no se apresuró, como si el debate que apasionaba á todos en la sala de sesiones no pudiese afectarle en nada; y sonreía siempre, aunque un ligero estremecimiento febril moviese sus párpados.

—Dispense usted, señor abate—dijo—, pues ya ve que mis amigos me necesitan... Le repetiré que no puedo hacer absolutamente nada en favor de su protegido.

Pero Pedro no quiso aceptar aún esta contestación como definitiva.

—¡No, no! caballero—dijo—, vaya usted á sus asuntos, que yo me esperaré aquí... No tome usted ningún partido sin reflexionar maduramente. Ahora le dan prisa, y comprendo que usted no me escucha con suficiente libertad; cuando usted vuelva y esté para mí, no dudo que me concederá lo que solicito.

Y aunque Fonségue se alejara, asegurando que no podía cambiar de parecer, volvió á sentarse en la banqueta, siempre tenaz, dispuesto á permanecer allí hasta la noche. La sala de los Pasos Perdidos estaba casi desierta, y parecía más triste y más fría con su Laocoon y su Minerva, sus paredes desnudas, insignificantes como las de una estación de camino de hierro, donde el torbellino del siglo pasaba sin dejar huellas. Jamás claridad tan pálida y triste había penetrado por las grandes puertas-ventanas, detrás de las cuales se veía el pequeño jardín, como dormido, con su escaso césped de invierno. Y no llegaba hasta allí ningún murmullo de las tempestades que arreciaban en la inmediata sala de sesiones; allí reinaba un silencio de muerte, y el aspecto del conjunto estremecía, porque revelaba dolores y miserias.

Esto era lo que hacía meditar ahora á Pedro. Toda la antigua llaga, enconada, ostentábase con su veneno y su virulencia, la lenta podredumbre parlamentaria se había desarrollado y atacaba el cuerpo social. Ciertó que á las mezquinas intrigas y á las ambiciones personales se sobreponía la gran lucha superior de los principios, la historia siguiendo su curso, despejando el pasado, esforzándose para que hubiera más verdad en el porvenir, más justicia y más dicha; pero en la práctica, y á no ver más que los espantosos manejos cotidianos! Qué desencadenamiento de apetitos egoístas, qué necesidad única de estrangular al vecino para triunfar solo! No se veía allí, entre los pocos grupos, más que una incesante lucha para alcanzar el poder, por las satisfacciones que proporciona. Izquierda, derecha, católicos, republicanos, socialistas, y las veinte fracciones de los partidos, no eran sino las etiquetas que expresaban la misma sed ardiente de gobernar, de dominar.

Todas las cuestiones se reducían á una sola, á la de saber si éste ó aquél, ó el de más allá, tendrían en su mano la Francia entera, para disfrutar, para distribuir los favores entre sus hechuras. Y lo peor era que las grandes batallas, las semanas y los días perdidos para que éste substituyese al otro, y este otro al de más allá, no conducían sino á las más estúpidas excitaciones é impaciencias, pues todos tres valían lo mismo, poco más ó menos, y no había entre ellos sino vagas diferencias; de modo que el nuevo amo hacía la misma tarea que su antecesor, olvidando forzosamente los programas y las promesas apenas entraba en el poder.

Invenciblemente, la meditación de Pedro se fijaba de nuevo en Laveuve, que olvidado un instante, preocupábale ahora otra vez, haciéndole estremecerse de cólera y desesperación. ¡Ah! ¿que le importaba al miserable viejo, que se moría de hambre sobre sus harapos, que Mege derribase al ministro Barroux, y que le substituyera en el poder un ministerio Vignon? A este paso, se necesitaría ciento, doscientos años para que hubiese pan en los camaranchones donde sufren los lisiados del trabajo, las viejas bestias de carga que se desechan. Y detrás de Laveuve estaba toda la miseria, todo el pueblo de los pobres que agonizan, pidiendo justicia; mientras que la Cámara, celebrando gran sesión, se apasionaba violentamente para saber de quién sería el país y quién le devoraría. El cieno se desbordaba, la llaga repugnante y sangrienta se ostentaba desvergonzadamente, tal como el cáncer que corroe un órgano, llegando por fin al corazón. ¡Y qué disgusto, que náuseas producía aquel espectáculo! ¡Cómo se deseaba el cuchillo vengador que proporcionara la salud y la alegría!

Pedro no hubiera podido decir cuánto tiempo estaba allí, entregado á su meditación, cuando de pronto se oyó de nuevo un tumulto en la sala; algunos salían gesticulando, y formaban grupos; y oyó de improviso al pequeño Massot, que exclamaba junto á él:

—No ha caído en tierra; pero poco le falta; yo no daría dos cuartos por su existencia.

Hablaba del ministerio. Por lo pronto, describió la sesión á un cofrade que llegaba: dijo que Mege había hablado muy bién, con un furor y una indignación extraordinarios, contra la clase media, viciada y corrompida; pero, como sucede siempre, se había extramilitado, atemorizando á la Cámara por su violencia misma; de modo que cuando Barroux sobió á la tribuna para pedir que se aplazara la interpelación por un mes, no tuvo que hacer más que indignarse, muy sinceramente por lo demás, y poseído de altiva cólera contra las infames campañas dirigidas por cierta prensa. ¿Iban á renacer los vergonzosos escándalos del Panamá? ¿Se dejaría intimidar la representación na-

cional por los que amenazaban nuevamente con delaciones? La república misma era la que sus adversarios trataban de ahogar bajo un torrente de abominaciones. ¡No, no! Había llegado ya la hora de recogerse, de trabajar en paz sin permitir á los que están hambrientos de escándalo turbar la paz pública. Y la Cámara, impresionada, temiendo al fin el cansancio de los electores ante aquel desbordamiento continuo de inmundicias, había aplazado la interpelación por un mes, pero aunque Vignon se hubiese abstenido de intervenir tomando la palabra, todo su grupo votó contra el ministerio, tanto, que la mayoría obtenida por éste, no fué más que de dos votos, mayoría irrisoria.

—Pero entonces, dijo una voz á Massot, presentará su dimisión.

—Sí, ya circula ese rumor; pero Barroux es muy tenaz... De todos modos, si se obstinan, caerán antes de ocho días, con tanto más motivo cuanto que Sagnier, furioso, declara que publicará mañana la lista de los nombres.

En efecto, se vió pasar apresuradamente á Barroux y Monferrand, con expresión meditabunda y seguidos de sus partidarios inquietos.

Decíase que todo el gabinete trataba de reunirse para resolver y aceptar un partido. Después salió Vignon, en medio de un grupo de amigos; estaba radiante, poseído de una alegría que trataba de ocultar, apasionando á los suyos, y sin querer cantar victoria demasiado pronto; pero los ojos de todos brillaban como los de una jauría que está á punto de caer sobre su presa. Hasta Mege triunfaba, pues hubieran bastado dos votos para derribar el ministerio. ¡Se valdría de Vignon, y gobernaría al fin!

—¡Diablo! murmuró el pequeño Massot, Chaigneux y Duthil tienen el aspecto de perros apaleados. ¡Y mire usted, solamente el jefe afecta serenidad! ¡Qué buen aspecto tiene ese Fonségue!... ¡Buenas tardes, yo me largo!

Y estrechó la mano de su cofrade, sin querer detenerse, aunque la sesión continuaba, tratándose de un nuevo asunto, muy importante, que se discutía delante de los bancos vacíos.

Chaigneux había ido á sentarse cerca de la gran Minerva, con su aire angustioso, y jamás su mísera situación le había afligido tanto, bajo la impresión continua de su desgracia. En cuanto á Duthil, pororaba en el centro de un grupo, afectando una indiferencia burlona; pero un movimiento nervioso contraía su boca, y el sudor del miedo inundaba sus agraciadas facciones. Solamente Fonségue, tranquilo y valeroso, era siempre el mismo, con su aire inquieto, y sus ojos brillantes, llenos de inteligencia, apenas velados por una sombra de malestar.

Pedro se había levantado para repetir su demanda; pero Fonségue lo impidió, diciéndole, con viveza:

—No, no, señor abate; le repito á usted que rehusó incurrir en semejante infracción á nuestros reglamentos. Ha mediado informe, y ya es cosa juzgada. ¿Cómo quiere usted que yo prescinda de eso?

—Caballero—dijo dolorosamente el sacerdote—; se trata de un anciano que tiene hambre y frío, que está á punto de morir si no se le presta auxilio.

Con un ademán desesperado, el director de *El Globo* pareció tomar á las paredes por testigos de que nada podía hacer. Sin duda temía alguna mala historia para su diario, en el que había abusado de la Obra de los inválidos del trabajo como arma electoral; ó tal vez el terror secreto que la sesión acababa de producirle le endurecía el corazón.

—No puedo hacer nada... pero, naturalmente, lo que yo desearía es que las damas de la junta me obliguen por intervención de usted. Ya tiene en su favor á la baronesa Duvillard; procure usted conseguir lo mismo de otras.

Resuelto á luchar hasta el fin, Pedro vió aquí una tentativa suprema.

—Conozco á la condesa de Quinsac—dijo—y puedo ir á verla ahora mismo.

—¡Eso es, excelente idea; la condesa de Quinsac es una recomendación! Tome usted un coche y vaya á ver también á la princesa Harn; es una señora que se mueve mucho y tiene gran influencia... Obtenga usted la aprobación de estas damas, vuelva á casa de la baronesa á las siete, pídala una carta que salve mi responsabilidad, y vaya usted á verme á la redacción. Esta noche á las nueve, ese hombre dormirá en el Asilo.

Y Fonségue se mostraba ahora alegre y satisfecho, no dudando del buen éxito, y seguro de que no se exponía ya á comprometerse. El sacerdote recobró gran esperanza.

—¡Ah! caballero—dijo—, le doy las gracias; es obra de caridad lo que hace.

—Comprenderá usted que no deseo otra cosa. Si con una palabra pudiéramos remediar la miseria, impidiendo el hambre y la sed... Pero despáchese usted, pues no ha de perder un minuto.

Se estrecharon la mano, y Pedro se apresuró á salir, lo cual no era cosa fácil, porque los grupos eran mayores ahora; las cóleras y las angustias de la sesión reflúan allí en confuso tumulto, así como una piedra arrojada en medio de una balsa remueve el cieno del fondo, haciendo salir á la superficie las descomposiciones ocultas. Debíó servirse de los codos para abrirse paso á través de aquella muchedumbre, de la cobardía temblorosa de los unos, de la audacia insolente de los otros, y de la ignorancia de los más, en el inevitable contagio de aquel centro; pero llevaba en sí una nueva esperanza, y parecíale que si salvaba aquel día una existencia, si hacía feliz á un hombre, esto sería el principio de la redención, perdonar un poco las necedades y faltas de aquel mundo político, egoísta y devorador.

En el vestíbulo, otro incidente detuvo á Pedro un minuto más. Habíase producido cierta emoción á consecuencia de una disputa surgida entre un hombre y un ujier, á quien este último no permitió entrar por haber reconocido que la tarjeta que presentaba era antigua y se había raspado en ella la fecha. El hombre, en un principio brutal, no había insistido, como si le sobrecogiera una timidez repentina, y Pedro reconoció con sorpresa á Salvat, el obrero mecánico á quien vió salir por la mañana en busca de trabajo. Esta vez no podía dudar que fuese él, con su elevada estatura, flaco, con sus ojos ardientes de mirada vaga, y su faz lívida de hombre hambriento. Ya no llevaba su saco de útiles; y bajo su chaquetón rasgado veíase sobresalir un bulto en el costado izquierdo, sin duda algún pedazo de pan.

Rechazado por los ujieres se marchó al fin, encaminándose lentamente hacia el puente de la Concordia, al parecer sin rumbo fijo, y con el aire de un hombre que no sabe dónde va.

IV

En el antiguo salón de estilo Luis XVI, ajado ya, con sus ensambladuras de color gris, la señora condesa de Quinsac estaba sentada junto á la chimenea, en su sitio de costumbre. Singularmente parecida á su hijo, tenía el rostro prolongado, de expresión noble, la barba un poco severa, los ojos, hermosos aún, y sus blancos y finos cabellos, peinados á la antigua, lo mismo que en su juventud. A pesar de su altiva frialdad, sabía ser amable con la más perfecta gracia.

Después de un largo silencio, continuó su conversación, haciendo un ligero ade-

mán con la mano antes de dirigir la palabra al marqués de Morigny, sentado en el ángulo opuesto de la chimenea, donde ocupaba el mismo sillón hacía largos años.

—¡Ah! amigo mío—dijo—; usted tiene mucha razón; Dios nos ha olvidado en una época abominable.

—Si—contestó el marqués—, hemos pasado junto á la felicidad sin cogerla; la culpa es de usted, y sin duda también mía.

La condesa le impuso silencio con otro ademán y una triste sonrisa, y ya nada interrumpió el silencio. Ningún ruido de la calle llegaba hasta aquel sombrío piso bajo, situado en el fondo del patio de un vetusto edificio de la calle de Santo Domingo, casi en el ángulo de la de Borgoña.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS

(DE TODO EL MUNDO)

El escaparate, no sólo es el alma del comercio contemporáneo, sino también el símbolo del espíritu contemporáneo. Mostrar á todas luces cuanto se conoce y conocer un poquito de cada cosa, es el bello ideal del hombre moderno que viaja en ferrocarril, sube á su casa en ascensor y se alumbra con la electricidad. La industria multiplica máquinas que no debieron salir del gabinete del sabio, y procedimientos que no ha definido bien aún el analista; la prensa vulgariza ideas inseguras, mal preparadas. Diríase que todo lo humano y todo lo divino pertenece á esta generación de curiosos. La curiosidad era en otros tiempos el pecado propio de la mujer; ahora se ha extendido, y fustiga también al hombre. La *investigación* del sabio y el genio del artista, son pretextos de curiosidad para el ignorante. ¡Saberlo todo, esteriorizarlo todo, hacer de todo un juguete para entretener las horas cansadas y tristes de una vida fatigosa y enferma...!

Tal es el ideal del hombre que nada sembró, y recoge, atrevido, el fruto de lo que otros, á fuerza de labor, sembraron. Este afán de conocerlo todo á la ligera y de pasada que tienen los más, obliga también á los menos curiosos á procurarse los fundamentos de una «erudición á la violeta», como decían con gracia nuestros abuelos. Hay en todo sus más y sus menos, y en esto como en todo; así, procuraremos entrar en la corriente, pero sin consentir que la corriente nos arrastre. Vengan, pues, las novedades y sutilezas de todas partes, que aquí, sin desvirtuarlas, procuraremos reducirlas á peso y medida.

Y allá van, sin más comentarios, los últimos acontecimientos de arte y literatura en el mundo entero.

Sienkiewicz, el ilustre autor de *¿Quo Vadis?*, ha recibido en su patria la consagración de las infinitas alabanzas que le tributan de poco tiempo á esta parte las naciones más cultas de Europa y América.

Sienkiewicz es un pensador que pone sus ideales al servicio de su talento de novelista, y consigue interesar á sus lectores con las obras que imagina, en las cuales resplandece sobre todo el sentimiento de patria, no como vulgarmente lo han mixtificado los ádvenedizos al uso, y como lo entienden todos aquellos para los cuales no hay más justicia que un medro personal, sino con los alientos de un espíritu grande y piadoso, que ama la gloria y el sacrificio.

Hace veinticinco años que Sienkiewicz se dió á conocer modestamente con relatos campestres y recuerdos infantiles; de aquellas obras tiernas ha llegado á las grandes concepciones de guerras encarnizadas y devastados imperios, que dieron á su nombre la fama universal de que disfruta.

Polonia celebra el jubileo del más ilustre de sus escritores, y ofrece á su hijo predilecto la señorial mansión de Oblengorsk, una fértil y frondosa campiña, donde pueda cazar, pescar y solazarse, hallando entre un ejercicio moderado y un reposo prudente, la expansión y el desinterés que necesita su alma para producir grandes obras.

*
* *

El conde Prozor acaba de publicar una traducción francesa de la última obra de Ibsen, *Despertaremos de nuestra muerte*. Por su espíritu filosófico, por el problema que plantea, este drama ofrece semejanzas con *Juan Gabriel Brokman* y con *Solnes el constructor*. Es el análisis minucioso de los mismos sentimientos, de las mismas ideas, de las mismas aspiraciones; pero esta vez aparecieron más vibrantes, con mayor intensidad, como si el poeta hubiese hallado la expresión definitiva de su espíritu. Igual que en las anteriores. Ibsen patentiza en su obra última la oposición entre el instinto y la ley, entre el individuo y la sociedad. Se pregunta si el matrimonio tiene derecho á esclavizar las almas que no supo unir, anulando todas las afinidades que pudieran aparecer. ¿Por qué no es libre nuestra voluntad? Si el dramaturgo noruego fuese un filósofo, trataría de buscar una solución á los conflictos humanos que señala; pero como Ibsen aspira solamente á mostrarse pensador grande y profundo, se contenta con hacer sentir en sus obras que nuestra desgracia proviene de nosotros mismos; que nosotros mismos la tejemos á todas horas, ya queriendo ahogar nuestros instintos naturales para obedecer á determinados prejuicios, ya mostrándonos débiles ante las pasiones viciosas, creadas ó desarrolladas en la lucha por la vida, ya prestando atención á cualquier sentimiento anormal. *Juan Gabriel Brokman* sacrifica un amor grande á una riqueza vana; en el escultor Rubek (*Despertaremos de nuestra muerte*), el artista consume al hombre. Al fin llega un día en el cual Brokman y Rubek, el héroe de las grandes empresas y el idólatra de su arte, se convencen de que la dicha no existe donde la buscaban ellos, que han delirado y que no han vivido.

Vamos á detallar un poco el asunto de la última obra de Ibsen, que sin duda producirá impresión agradable y honda en el alma de nuestros lectores.

El escultor Arnolfo Rubek se ha servido de una joven y encantadora modelo para su estatua *La Resurrección de la carne*. La mujer ha dado al artista la belleza impecable de su cuerpo y el fuego de su alma. Durante mucho tiempo, mientras hacían la estatua, el escultor y la modelo han vivido juntos dulcemente. El artista sólo ha querido ver en la mujer las líneas armoniosas. El temor de ahogar sus inspiraciones oprimiendo á Irene entre sus brazos, ha vencido su ardor masculino. Mientras Irene adora con pasión al hombre en el artista, éste se resiste á contemplar en su mo-

delo á *la mujer*. Cuando la estatua queda terminada, hecha con el cuerpo y con el alma de Irene, ésta espera ser atendida; pero el escultor, enamorado de su obra, no la comprende. La mujer, dolorida, sin confesar su amor, huye para no volver y vaga por el mundo como «una muerta viva». El escultor consigue la fortuna y la gloria que buscaba, pero tampoco es feliz; sus nuevos trabajos, que le agotan y le consumen, no le satisfacen como su *Resurrección*; desengañado, sólo hace bustos que no requieren geniales inspiraciones. Todo el mundo le admira, y su trabajo le permite vivir con lujo, pero no es feliz; su genio ha muerto para la creación de obras maestras.

Por hacer algo, se casa con una joven alegre, bonita, graciosa, pero que no comprende su arte y le admite sólo porque le ha visto agasajado y poderoso. El tampoco siente pasión por ella. En cinco años de matrimonio, sus corazones, tan distintos, no se penetran. La prosa de Maja no pudo inspirar al artista ni una voluptuosidad, ni una emoción de las que le ofrecería la criatura inspiradora de sus ensueños; ella tampoco siente nada, porque sus nervios no vibran con los delirios de las almas...

Rubek comprende que su vida se ha malogrado, que tiene ya cincuenta años y no vivió aún; se aburre, le falta la compañía de un espíritu sutil; como se aburre Maja porque nadie responde á las alegres vibraciones de su naturaleza. El deja volar su pensamiento hacia Irene, y ella desea conocer algo nuevo: el hombre sencillo que la oprima brutalmente. Irene aparece como la sombra de un ensueño que se acaba. «Nuestra dicha no puede resucitar», dice la modelo. Todo se borró; ni la estatua existe, porque, á fuerza de retocarla con afán de hacerla perfecta, el escultor fué destruyendo sus encantos.

Rubek, obstinado, intenta rehacer su vida con el amor de Irene. Sube con ella, entre las luces rojizas del crepúsculo, á la cumbre solitaria donde hallará el reposo que su espíritu necesita. Y en el valle resuena una voz alegre y libre, la voz de Maja, que halló en un cazador de osos, el hombre que su naturaleza reclamaba:

«Soy libre, libre, libre;
ya no vivo en una cárcel;
soy libre como el pájaro, soy libre».

Y este grito de salvaje libertad llega vibrante á las alturas donde Rubek é Irene, dos almas marchitas y muertas, quieren resucitar su pasado.

De pronto, el huracán ruge furiosamente; el cazador y Maja buscan un refugio que los abrigue; los otros no atienden á sus voces, y suben, suben más, tranquilamente. Irene le dice que al hallar destruída la estatua, la obra de los dos, pensó matarle, y no lo hizo al verle ya muerto. Su genio había muerto: el genio del artista sublime. «Somos dos cadáveres.»

El viento los arrastra como dos hojas secas; los precipita, los hunde para siempre...

Y en el valle resuena la voz de Maja:

«Libre, libre; soy libre como el pájaro».

La vida canta un himno triunfal sobre la tierra, y el viento arrastra los delirios en las alturas.

* *

Un crítico extranjero hace notar con mucha oportunidad la corriente moderna que lleva de algún tiempo á esta parte á los artistas (pintores, literatos y escultores) á *socializar* sus aptitudes, entrando á ocupar un puesto en la evolución social, influyendo en ella directa é intencionadamente con sus obras.

Ni es nueva esta influencia del arte, ni es nuevo que los artistas desempeñen cargos oficiales; toda creación que hable al espíritu, ya provoque una meditación ó

un sentimiento, deja huella; y en este sentido, el arte siempre fué social. De todos los tiempos la gloria y la fama pudieron abrir las puertas de la política y del gobierno á muchos hombres de valer; y en este sentido, los artistas intervinieron en los asuntos del Estado. Pero nunca tanto como ahora, el escritor, el pintor, sin abandonar su tribuna especial, sin entrar en la burocracia, desearon tan vivamente influir en la sociedad, modificarla, guiarla, prevenirla, convencerla de su interés.

El novelador, el poeta, el humilde cronista, pueden clasificarse ya entre los sociólogos más ó menos eruditos. Entre los pintores, la tendencia se hace ostensible con la importancia que dan casi todos al arte decorativo, que tanto puede influir en la educación de las gentes.

Parece ya próximo el tiempo en que los dos mundos, el de *la vulgaridad*, habitado por comerciantes agiotistas y políticos, y el de *la fantasía*, que fué dominio de artistas, inventores y locos, lleguen á fundirse formando uno solo, en que *la realidad* aparezca bien equilibrada y en todo su esplendor.

Tan lejos de la realidad vivieron los artistas, que procuraban diferenciarse de la gente ordinaria hasta en el vestir, como los seres metalizados que despreciaban todo aquello que no era «positivo», es decir, «monedable».

Afortunadamente, va siendo cada vez más reducido el número de intelectuales bohemios que desprecien el dinero y las comodidades y también el de los hombres «prácticos» anatematizadores de todo ideal.

Ya las obras de arte se cotizan y los artistas hacen números; junto al «mayor» y al «diario» no estorban las «fábulas» de los novelistas, y las que fueron trastiendas lóbregas y guardillas miserables, engalánanse con el genio decorativo de los pintores. En los recodos y encrucijadas de los jardines públicos, aparecen labrados en mármol ó fundidos en bronce los rostros de los poetas, y entran ya en el salón de aristocrática señora, cogidos del brazo, el banquero afortunado y el escritor de moda.

El mundo rancio de la tradición, el mundo egoísta del comercio, el mundo imprevisor del arte, ven caer la muralla que los dividió, y se unen poco á poco en el seno de la vida; porque no hay en todos los mundos y en el universo entero más que una expansión, ¡la vida!, ¡la vida!, y ésta es de todos y para todos los que son dignos de vivir.

Queden aletargadas las momias en sus viejos caserones, en sus oficinas roñosas, en sus guardillas destejadas, mientras los fuertes, los grandes, los que merecen redención, se confunden arrastrados por la ola de vida que todo lo invade.

* *

Augusto Strindberg, uno de los autores notables para cuyo espíritu no hay fronteras, descansa de sus poderosas composiciones místicas, haciendo dramas históricos cuyos asuntos busca en la época más gloriosa de su país, en el siglo de Gustavo Wasa. Su *Erik XIV* cierra el ciclo empezado en *Olaf* y seguido en *Gustavo Wasa*. Los que sistemáticamente condenan el género histórico por considerarlo engañoso, ficticio y estéril, se mostrarán severos; pero los que, admirando los primores poéticos derramados en sus composiciones místicas, lamentan que un talento admirable como el de Strindberg se pierda en divagaciones dificultosas, se felicitarán del nuevo rumbo del poeta, creyéndolo una resurrección. Si los dramas de Strindberg ofrecen los defectos inherentes al género histórico, también muestran reales encantos. La sutil psicología, la claridad de pensamiento y la intención de sus dramas sociales, no aparecen en sus producciones históricas, pero sí el interés dramático, el estudio de las pasiones

y la habilidad del escritor para poner en juego facultades eminentemente escénicas. Las aventuras de Erik XIV son mal conocidas. El hijo de Gustavo Wasa, el restaurador del luteranismo en Suecia, señaló su reinado con acciones de gran político y con actos de absoluta demencia. En esa desigualdad de su carácter se funda el interés del drama.

* *

Hanateaux publica un estudio acerca de *Balzac, impresor*. La popularidad que alcanzó en todo el mundo el genial y fecundo novelista, da interés á esas intimidades.

Balzac mismo aprovechó varias veces el relato de sus desgracias industriales en algunas de sus más interesantes novelas. La imprenta de Sechard en *Las ilusiones perdidas*, no es otra que la imprenta de Balzac y Barbier, establecida en la calle de Marais-Saint-Germain; la quiebra del comerciante en *César Birotteau*, es el desastre de Balzac y de sus asociados. Los mismos personajes y los mismos sucesos, las mismas reflexiones y á veces hasta los mismos nombres. Por eso la obra de Balzac es tan emocional: porque la imaginación del novelista no hace otra cosa que reproducir la realidad.

* *

Los editores de París publican multitud inagotable de obras, entre las cuales figuran y lucen varias traducciones de Sienkiewicz. Las Revistas acogen también en sus páginas las novelas del ilustre polaco y cuantas críticas, biografías y estudios provocan esos libros que de pronto se lanzan sobre la masa de lectores humildes, y constituyen la preocupación de los aficionados.

No he nacido para profeta, y, por consiguiente, no sé lo que ocurrirá dentro algunos años con la fama de Sienkiewicz; pero temo que sus obras no queden, como las de Víctor Hugo y Dumas, entre las imaginaciones vulgares, ni como las de Tolstoï, entre los que piensan, reflexionan y se preocupan buscando para solaz algo más consistente.

¿Quién sabe si todas las novelas del ilustre polaco seguirán pronto, después de ganar el entusiasmo pasajero de la muchedumbre, á los *Cyranos* y *Afroditas* que también admiraron al mundo con su gentileza, el uno, y la otra con sus desnudeces?

Pero al cabo, y dure más ó menos, resulta preferible que los desocupados lean obras de Sienkiewicz por algún tiempo, distrayéndose algo y apartando la imaginación de las monstruosidades que vomita sobre nosotros la librería francesa, puesta en castellano, casi siempre deplorable, por codiciosos editores españoles.

ARMANDO GUERRA.

SECCIÓN GENERAL

UNA CARTA

Hablas, Carlos, de justicia y de conciencia. ¿Las hay? Véamoslo:

Como tú no ignoras, para la conservación de nuestra vida necesitamos de un continuo trueque de servicios y productos. ¿A dónde irás que no te roben? Vas á un

mercader y le compras cualquier mercancía. Como se la pagues por el precio que te fije, sales robado. Entrará á poco en la tienda una dama que, regateando, sacará por cincuenta lo que tú pagaste en ciento. Ni á tu comerciante le remorderá la conciencia ni se lo tendrá nadie en falta.

Hará mucho más el mercader como pueda. Te dará lo nacional por lo extranjero, y te cargará el cambio, un sobreprecio de 20 á 30 por 100. ¿Escasea la mercancía que tú le pides? Te cobrará doblado. Gracias que no te engañe en medida, calidad ni peso. Todo sin el menor remordimiento de conciencia.

Ve al capitalista. Este opera ya más en gordo. Se adueña de talleres, de fábricas, de minas, de ferrocarriles, de transportes marítimos, y por lo que sudan millares de trabajadores, atenedos á un jornal mísero, realiza fabulosas ganancias. Emite acciones y obligaciones, las eleva por medios artificiosos á más del 100 por 100, las vende á los incautos, y en meses, cuando no en días, obtiene pingües beneficios. El es el que aprovecha el alza momentánea de los nuevos valores del Estado, con el que sin cesar negocia. La penuria del Tesoro es para él otra fuente de riqueza. ¿Siente tampoco ese capitalista remordimientos? Vive y muere gozoso y satisfecho, principalmente si de sus acrecentamientos ha dado á los pobres una parte mínima.

Pues éntrate ahora en los que ejercen las profesiones que llamamos liberales. A peso de oro venden su menguada ciencia. No se contentan ya con miles de reales ni de pesetas letrados ni médicos; miles de duros ponen en sus cuentas sin el menor escrúpulo ni el menor recato. ¿Han adquirido bien ó mal fama y renombre? Aunque no hayan aumentado en saber, desuellan al que cae bajo su pluma ó su escalpelo. Hallarás otro tanto en otras profesiones.

Paga el Estado á los oficiales del ejército y la marina para que en los periodos de guerra, relativamente cortos, defiendan á costa de su sangre la nación y el orden; y cuando llega la hora de que llenen su oficio, no hacen acto de valor ni corren peligro por los que no exijan recompensa: ya un ascenso, ya una cruz pensionada, ya otra que los equipare en sueldo á los de superior categoría. Así has visto á tantos crecer como la espuma en nuestras desastrosas guerras. Nada valen para ellos las derrotas ni los ahogos de la patria.

Esto acontece poco más ó menos en las demás carreras del Estado. Hay el mismo afán por los ascensos, y son pocos los oficiales que limitan al sueldo sus aspiraciones.

Buscan *gajes* y recurren á mañas mil para que los remuneren los que tengan negocios en sus oficinas. No esperan que se los soborne: provocan el soborno. Esto es lo que principalmente constituye la corrupción administrativa que tanto se lamenta.

Para concluir, amigo Carlos. La justicia con que sueñas, ni existe, ni puede existir bajo el régimen social en que vivimos. Te pondré un ejemplo. Si un día te consultaran, ¿serías capaz de decidir cuánto vale en justicia tal escrito forense, tal operación quirúrgica, tales ó cuáles planos para la construcción de una casa, un camino ó un monumento? Habrías de tomar en cuenta muchos factores para determinarlo y no hallarías regla fija de que partir en tus cálculos. De aquí que cada profesor ponga sus honorarios según su desvergüenza y su codicia.

La arbitrariedad, no la justicia, es la que impera. Ríete de esa Economía política que tanto estudias. Justifica plenamente la arbitrariedad que reina. ¿Puede haber nada más arbitrario que la ley de la oferta y la demanda? ¿Ves que haya sombras ni dejos de justicia en que un producto, porque abunde, valga hoy cuarenta, y mañana,

porque escasee, valga ciento? Tu Economía almite esta ley, la considera indeclinable y no piensa en modificarla.

Pásmame, Carlos, que siendo hombre de buen juicio hables de la justicia absoluta. En lo moral, no hay nada absoluto. No lo es la justicia, ni lo son la verdad ni la belleza. Verdades que parecían eternas han dejado de serlo; cosas que se tuvo por bellas en otros pueblos y siglos, no lo son ahora; instituciones y leyes que duraron miles de años y parecieron justísimas, han caído ó son objeto de rudos ataques. Va pasando todo por una serie de evoluciones, y sería locura decir que hemos llegado á la última.

Precisamente pasa la justicia por una de sus evoluciones más trascendentales. No la ven ya muchos sino en la igualdad de clases y condiciones. Califican de injusta la propiedad de la tierra y aun la de todos los instrumentos de trabajo. Niegan en redondo la productividad de los capitales. Ponen en duda el derecho de penar, sobre todo el de condenar á muerte. Rechazan la monarquía y aun el Estado.

Aun cuando se realizasen las esperanzas de esos hoy soñadores, no habríamos llegado á la última evolución de la justicia. De la luz de la humosa tea hemos venido á la limpia y brillante luz eléctrica: ¿crees tú que no pasará por otras evoluciones el alumbrado? La luz eléctrica tiene ya hoy competidores.

Perdona, Carlos, que haya sido tan largo en contestarte tu amigo

FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

CRETINÓPOLIS

Un jardín público, en cuyo centro se levanta inmensa jaula de espesos barrotes. En ella hay varios hombres y algunas mujeres de melancólico rostro y sencillo vestir. Alrededor de la jaula se pasean libremente algunos monos, cual buenos burgueses, bien vestidos, fumando, charlando. Los hay que leen la *Patrie* ó *Petit Journal*. Aquí y allá se ven monas ridículamente ataviadas unas; otras, de cuyos peinados penden cintas multicolores, conducen, vigilan ó llevan en sus brazos pequeños monos. Henos, pues, en Cretinópolis.

UN MACACO *barrigudo, con gafas de oro, á su pequeñuelo, que conduce del brazo*.—Totó, fíjate bien; es la hora en que se trae la comida á esas malas bestias. Verás ¡cuán feroces son!

EL PEQUEÑO MACACO.—Puesto que son malas, ¿por qué se les da de comer, en lugar de hacerlas morir de hambre?

EL MACACO *(con paternal orgullo)*.—¡Sublime pensamiento, digno del cerebro de un cuadrumano! En verdad que siendo nuestra especie la reina de la naturaleza—creada á imagen de Dios, no lo olvides nunca, Totó—, tiene un indiscutible derecho de vida y muerte sobre todas las demás. Sin embargo, por repugnantes, estúpidos y feroces que parezcan esos animales, nos son útiles: les obligamos á trabajar.

UN VIEJO CHIMPANCÉ *(mezclándose familiarmente en la conversación)*.—¡Doce horas por día solamente! ¿No os parece, querido congénere, que es muy poco?

EL MACACO.—Evidentemente *(moviendo la cabeza con petulancia)*. Nuestro ideal sería

hacerles trabajar veinticinco horas diarias, cosa fácilmente realizable, en mi entender, haciéndoles trabajar una hora antes de amanecer.

EL CHIMP.—¿Y cuándo pararían?

EL MACACO (*con resolución*).—¡Nunca!

EL CHIMP.—¡Concepción tan admirable como sencilla! ¿Me permitís ponerla en conocimiento de los lectores de la *Patrie*?

EL MACACO (*admirado*).—De la *Patrie*... Ciertamente... ¿Con quién, pues, tengo el honor de hablar?

EL CHIMP. (*sonriendo*).—Con Francisco Coppée.

EL MACACO (*entusiasmado*).—¡Con Francisco Coppée! (*dirigiéndose á su pequeño*) Totó, ¿ves ese gran señor que tienes delante, y de cuyo pecho salen sonidos armoniosos como de clarinete constipado?... ¡Es Francisco Coppée! No lo olvides jamás. Que este día sea el más hermoso de tu vida... ¡¡Francisco Coppée!! (*Se rasca el fémur con emoción.*)

UN HOMBRE (*dirigiéndose á sus compañeros de prisión*).—He ahí, sin embargo, nuestros primos hermanos, la imagen viviente de nuestros groseros ascendientes.

PRISIONERO 2.º—¡Y hoy nuestros amos! Nosotros pensamos, nosotros creamos; los más fuertes de entre ellos se apoderan de todo y gozan sin comprender; los demás aplauden (*con amargura*). ¡Que proclamen, pues, la soberanía de la razón sobre el instinto!

PRISIONERO 1.º—No sucederá siempre así. Esos mismos monstruos grotescos que nos esclavizan, porque son la multitud y nosotros no más que una minoría aún de la especie pensadora, constituyen un progreso sobre sus ascendientes, que fueron también los nuestros.

MUJER PRISIONERA.—¡Lo dudó! Mirad esa mona joven que hace piruetas ante ese babuino ensotonado.

PRIS. 1.º—¡Qué son ellos, qué somos nosotros, sino simples átomos—pensando y sufriendo, es cierto—en la marcha universal de los seres y de las cosas! Siempre y por todo, se cumple la incesante ley de la transformación. Más tarde, transcurridos que sean millones de años, la tierra y sus habitantes harán su evolución regresiva. Vendrá el decaimiento, la vejez; después, la muerte en espera de la resurrección, y de nuevas formas de vida en el infinito del tiempo y del espacio. Mas al presente todo demuestra que estamos todavía en la juventud del globo, en la evolución del sentido progresivo.

TOTÓ (*acercándose á la jaula y procurando oír*).—¿Qué dicen?

EL MACACO.—¿Lo sé yo acaso? ¡Palabras!

TOTÓ.—Sin embargo, ¿tienen la misma lengua que nosotros los hombres?

EL MACACO.—Sí, pero no los mismos pensamientos; no son más que animales.

PRIS. 3.º (*dirigiéndose á los monos*).—¡Si fuérais capaces de entendernos! Sin embargo, veamos: tenéis un cerebro; ¿no podréis poner algo dentro de él? (*Los monos lanzan grandes carcajadas, saltan y hacen cabriolas; un cinocéfaló se busca piojos en la barba y muy amable los ofrece á Francisco Coppée.*)

EL CHIMP.—Sois demasiado bueno, señor Marc; no acostumbro... Mi salud me lo prohíbe. (*Tose y se aleja.*)

PRIS. 2.º—No hay que hablarles en razón á esos brutos.

UNA MONA á otra.—¿Habéis visto el traje de la señora Monkey en el baile del Ayuntamiento? ¡Tres hileras de perlas azules sobre fondo encarnado!

MONA 2.^a—¡Y las plumas de su sombrero, querida mía! ¡No hay idea de cosa semejante!

(*Un sapajú pasa saltiqueando, vestido con uniforme de teniente de húsares.*)

VOCES DE MONOS *y, sobre todo*, DE MONAS.—¡Viva el ejército!

EL BABUINO (*con sotana*).—¡*Dominus vobiscum!* (*Algunos monos y monas se santignan.*)

PRISIONERA 1.^a—¡Tener hijos, alimentarlos, amarlos, para después entregarlos á la discreción de esos brutos; hacer de ellos esclavos, carne de taller, carne de cañón, si son hijos; carne de lupanar, si son hijas!

PRIS. 3.^o—¿Qué quieres, hermana mía? Nosotros tenemos sobre esos seres el privilegio del pensamiento. Sufriendo más por ellos los rescataremos. Consolémonos viviendo con el cerebro y el corazón la vida de la idea.

PRIS. 1.^o—¡Siempre la ilusión!

PRIS. 3.^o—¿Es un sueño? La evolución del feto, pasando en nueve meses por todas las formas animales, ¿no nos recuerda la inmensa serie de transformaciones físicas y morales cumplidas por nuestra especie? El camino recorrido en el pasado, ¿no indica el que se extiende en el porvenir hasta más allá de toda conjetura? Cuando Nietzsche evocaba para lo futuro la aparición del *Superhombre*, ¿hacia otra cosa más que anunciar en términos sublimes una conclusión que todos los pensadores habían ya formulado?

UN ORANGUTÁN (*con rostro casi humano, vestido de obrero*).—Es singular; me parece que comprendo algo.

LOS DEMÁS MONOS (*con indignación*).—¡Comprendel! ¡Nos deshonra! Es un falso mono.

EL BAB. (*con severidad*).—Eso no es un mono; es un hombre.

VOCES DE MONOS.—¡Encerrémosle! (*Se apoderan del orangután, el cual resiste. Un carcelero abre la puerta de la jaula y arrojan en ella al mono demasiado humano.*)

EL CINOCÉFALO.—¡Indulgencia muy peligrosa, hermanos míos! ¿No os parece que una camisa azufrada?... (*Se interrumpe para rascarse.—En la jaula los prisioneros examinan, no sin desconfianza, á su nuevo compañero.*)

PRIS. 1.^o—¿Eres hombre?

ORANG.—No sé; á veces me parece que sí; á veces que no.

PRIS. 1.^a—¡Por lo menos, te gustaría llegar á serlo!

EL ORANG.—Sí; querría poder pensar como vosotros; pero á condición de ser libre.

PRIS. 2.^o—¡Ser libres! No buscamos más que eso.

EL ORANG.—¿Y no habéis encontrado el medio? ¿De qué os sirve vuestra superior inteligencia?

PRIS. 4.^o (*con desaliento*).—¡Somos muy pocos!

EL ORANG.—¡Muy pocos! Un inmenso número de monos desearían como yo llegar á ser hombres. Escuchadme, por extraño que os parezca, yo os diré cómo habéis de tomarla. (*Habla á los cautivos al oído.*)

EL BAB. á Totó.—Respóndeme, amiguito mío: ¿cuántos Dioses hay?

TOTÓ.—No sé, señor Abate.

EL BAB.—¡Cómo! ¿No lo sabes? Veamos, cuenta conmigo: el Padre...

TOTÓ.—¡Ah, sí, el padre! Uno. (*Durante este tiempo los carceleros que traen la comida de los hombres abren la puerta de la jaula; las mujeres les entretienen; los hombres se acercan con cautela rodeándoles.*)

EL BAB.—Después... el hijo.

TOTÓ.—El hijo, dos.

EL BAB. (*con impaciencia*).—Bien, después.

TOTÓ. (*con timidez*).—El... Nieto?

EL BAB. (*gruñendo*).—Vamos, el Espíritu Santo.

TOTÓ.—¡Ah, sí, el Espíritu Santo! Pues, bien; con éste son tres.

EL BAB. (*rojo de cólera*).—No, desgraciadillo, con ese no son más que uno. ¡Ah, yal ¿Es que tu también querías llegar á ser hombre? ¡Ten cuidado!

(*Prisioneros y prisioneras se precipitan sobre sus carceleros, les quitan las llaves y huyen.*)

VOCES DESOLADAS DE MONOS.—¡Los hombres se han escapado!

EL SAPAJÚ (*sacando su sable*).—¡Salvese quién pueda!

EL BAB. (*huyendo*).—¡Se acabó Cretinópolis!

CARLOS MALATO.

(Traducido de *L'Effort* por A. Cruz.)

ENTRE JARAS Y BREZOS

XI

RECONCILIACIÓN

Apenas el sacerdote se quedó solo, se lavó las manos, que tenía llenas de polvo y tierra, se arregló algo el traje talar, encaminándose en seguida á casa de Elisa, su hija adoptiva.

Esta lo recibió llena de júbilo, diciéndole:

—Dichosos mis ojos que os ven, mi querido protector.

Y preguntó al momento:

—¿Cómo es que no habéis venido por aquí desde hace tanto tiempo?... ¿Habéis estado enfermo?—agregó la joven sonriéndole.

—Nada de eso hija—y preguntó—: ¿Y el niño?

—Aquí en la cuna; veréis qué hermoso está—y acercándose á la cuna destapó la ropa que lo cubría, dejando ver la hermosa criatura.

El sacerdote se inclinó y depositó un ósculo en la frente del niño, que ni aun siquiera se estremeció al sentir el contacto de sus labios.

Y volviéndose al momento hacia su madre, que lo miraba con una mirada llena de gratitud por el beso que acababa de depositar en la frente de su hijo, dijo:

—Te traigo una buena nueva, hija.

—Siempre que venís á verme es para decirme algo que me interesa, padre.

Y preguntó:

—¿Qué buena nueva es esa?

—Hija, tu felicidad no es completa, puesto que estás á mal con tu padre.

—Es verdad; esa es la única nube que empaña mi dicha.

—¿Y si esa nube se disipase?—preguntó el sacerdote, fijando una mirada en la joven.

—¡Ah! Si esa nube se disipase, entonces mi felicidad sería completa—contestó ella llevándose una mano al corazón.

—Pues bien, hija mía, ya puedes llamarte feliz, completamente feliz, porque vengo aquí de su parte, para decirte que desea estrecharos á ti, á Pedro y al niño, y quiere

saber si lo recibiréis en esta casa; quiere venir á pedir os perdón por el mal que os ha podido causar.

—¿Venir aquí mi padre? ¿Que si lo recibiremos y perdonaremos?... Nosotros somos los que debemos ir allá. Esperad un poco, si no tenéis mucho que hacer, á que venga Pedro del campo; yo le rogaré que vaya á casa de mi padre, que se lleve al niño para que lo vea—y preguntó—: ¿No es verdad que se pondrá muy contento?

—Sí, hija; recibirá mucho gozo en esto, y además quiere que os vayáis á vivir con él, pues dice que su casa es demasiado grande para él solo. ¿Estás dispuesta á esto?

—Yo lo deseo con toda mi alma; la tengo mucho cariño á la casa en que he nacido; pero no sé si Pedro querrá eso.

—Calla, ya viene allí—dijo D. Antonio asomándose á la puerta.

Y, en efecto, Pedro venía montado en la mula, en medio de dos haces de forraje, á lo largo de la calle.

Llegó á la puerta de su casa, donde lo esperaba su esposa y D. Antonio; de un salto se bajo de la bestia, y dirigiéndose á éste último, dijo:

—Tanto bueno por aquí.

—Sí; vengo á cumplir una comisión muy grata para ti—respondió el sacerdote.

La señora Josefa se hallaba ya hablando con Elisa, la cual le daba la buena nueva, y notando que estaban en medio de la calle, dijo:

—En fin, entremos en casa.

Y el bueno de D. Antonio puso en conocimiento de Pedro lo que ya le había contado á su esposa.

Cinco minutos después, el sacerdote y Pedro, que llevaba el niño en los brazos, atravesaban las calles del pueblo de M., deteniéndose á la puerta de la casa del señor Felipe.

El anciano, al encontrarse á Pedro que le presentaba á su hijo, con lágrimas de agradecimiento, lo abrazó como hubiera podido abrazar á su propia hija, y cogiendo el niño en sus brazos, colmándolo de besos, les indicó que se sentasen.

El sacerdote, que en aquellos momentos era como una especie de hombre bueno en un juicio, callaba y gozaba al contemplar la dicha de los que le rodeaban.

Las miradas del anciano pasaban del nieto que tenía en sus brazos, á las de su yerno, sin atreverse á articular ni una sílaba, pues tal era la emoción que experimentaba.

Después de un prolongado silencio en que ninguno se atrevía á romperlo, el señor Felipe habló así:

—Pedro, hijo mío, pues te puedo llamar así porque eres el esposo de mi hija; no sé con qué podré pagarte el bien que me has hecho al venir á verme trayéndome á tu hijo. Escúchame, y me perdonarás todo el mal que te he causado, á ti y á tu padre, para impedir que fueras el esposo de mi hija.

—Todo lo he olvidado; no quiero que me digáis nada—se apresuró á decir Pedro.

No obstante esto, el anciano insistió diciendo:

—No, hijo; quiero hablarte claro; necesito desahogar mi conciencia pidiéndote perdón.

—No tengo nada que perdonaros—insistió el joven.

—Gracias, Pedro; eso me prueba la grandeza de tu alma y la nobleza de tu corazón; pero insisto, te pido, te ruego, que me concedas cinco minutos de atención. ¿Quieres escucharme?

—Puesto que ésa es vuestra voluntad, ya os escucho—contestó Pedro respetuosamente por el tono grave con que pronunció el anciano estas últimas palabras.

El señor Felipe bajó la cabeza, guardando breves segundos de silencio. Después la alzó, fijando los ojos en su yerno, que continuaba callado, y dijo:

—Hijo, yo creí siempre que la felicidad humana consistía en tener y poseer muchas riquezas. Teniendo una única hija, quería para ella uno de estos hombres, sin contar con su consentimiento. Creía yo que como mi hija nunca había tenido novio, me sería muy fácil hacer de ella mi gusto, imponiéndole un esposo. Así el empeño mío en casarla con Arturo, con el hijo de mi buen amigo, que le ofrecía una brillante posición. Por otra parte, tenía adquirido este compromiso con su padre, muy gustoso en que mi Elisa fuera la mujer de su hijo. El se hallaba conforme con esto, alentado tal vez por la ambición de ser millonario, pues unido mi capital al suyo y al de mi hermana Tomasa, formaría una buena fortuna. Mi hermana también estaba empeñada en esto, porque Arturo era el sobrino de su difunto esposo, y no teniendo hijos, deseaba que todo cuanto posee fuera á parar á manos de mi hija y de su ahijado, pues sepas, Pedro, que mi hermana es la madrina de Arturo, y á su muerte, cuando menos la mitad de su hacienda, se la dejará á él, que por derecho le pertenece por la parte de su esposo, y la otra mitad á mi hija, por su parte. He aquí, pues, el por qué todos teníamos sumo empeño en casarlos... Mas los hechos han venido á desbaratar todos nuestros planes, y nunca creíamos que Elisa amaría tanto á un hombre que no fuera el que nosotros queríamos y el que, á nuestro entender, le convenía más... Tú eres digno de ese amor, porque eres bueno y honrado, de lo que estoy contento... Después de pasar todo lo que ha pasado, heme puesto á reflexionar, declarándome un solemne estúpido y egoísta al querer sacrificar á mi hija casándola con un hombre á quien no amaba, que si esto se hubiese realizado, tal vez hoy estaría arrepentido... Así, hijo, te llamo para reconciliarme contigo; yo ya soy viejo y no puedo administrar mi hacienda... Necesito tener á mi lado algunos seres que me amen, y...

Un ruido de pasos interrumpió al anciano, que calló y fijó su vista en la puerta para ver quién entraba, y al ver que era su hija y la madre de Pedro que la acompañaba, depositó el niño en brazos de su padre y corrió á abrazar á su hija. Esta á la vez, abiertos los brazos, corrió hacia su padre, y ambos se estrecharon vertiendo de sus ojos un raudal de lágrimas.

Poco tiempo después, el anciano era feliz viviendo en estrecha armonía con los suyos.

Su hija y el esposo se habían trasladado á su casa, la cual fué adornada con muebles nuevos para recibir á los esposos, y Pedro era el amo de todos los bienes del señor Felipe; y en aquella casa, agitada poco antes por disgustos de familia, volvió á renacer la quietud y la calma, la felicidad y la dicha.

La señora Tomasa se reconcilió también con su sobrina, y todos eran venturosos viviendo tranquilos en medio del silencio del pueblo de M.

AURELIO MUÑIZ.

ESPIRITISMO

En el número correspondiente al 28 de Octubre del SUPLEMENTO á LA REVISTA BLANCA acabo de leer un artículo firmado por Tarrida del Mármol, en el que se consigna, sin argumentación de ningún género, que «el pensamiento es una función corporal, y las facultades llamadas espirituales, la conciencia, la voluntad, la memoria,

son productos del cerebro y cesan con él»; «que la admisión del espíritu *materializado* constituye ella sola una contradicción capaz de reducir á la nada las extravagantes pretensiones de los partidarios del espiritismo», intercalando de paso ciertas frases que, si no llevan el sello de la compasión para los extraviados, afirman, en cambio, que los espiritistas abusamos de la credulidad de la gente, y que son necios Flammarion, Cromwel, F. Varley, el Dr. Lextou, A. Rusel Wallace, Challes, Víctor Hugo, etc., etc.

Ignoro si el articulista ha demostrado en otros artículos la *absoluta* certeza de sus cuatro conclusiones, que, naturalmente ansío conocer, para reducir á ceniza mis libros espiritistas, quedándome con las producciones de Moleschot y Büchner, pues sabido es que, si merecen respeto las argumentaciones del materialista que demuestra á su entender que la inteligencia es propiedad de la materia, respetadas deben ser las investigaciones filosóficas del espiritista que sostiene:

Las ideas, los pensamientos y deseos, no son fenómenos del cerebro, sino propiedades del alma que desde ese órgano recibe y transmite por los conductores nerviosos todas las sensaciones, y estas propiedades se encuentran tan sometidas á las influencias de la materia como puede encontrarse el músico sometido á las alteraciones del instrumento que maneja. Si la materia humana, el organismo del hombre ó el instrumento del espíritu se altera ó descompone, el ser inteligente no puede manifestarse por él, así como el médico no puede manifestar sus conocimientos y habilidades por un instrumento descompuesto ó roto; pero el músico conserva su saber y el alma su inteligencia, aunque ninguno de ellos pueda efectuar por las imperfecciones de su instrumento, manifestaciones exteriores.

Los espiritistas no rehuyen la discusión razonada, tranquila, científica, provechosa para todos, si bien enmudecen cuando un absolutismo exagerado se constituye en proclamador del *Non plus ultra* herculano, pues que no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni sordera más profunda que la del que no quiere oír.

Si los materialistas dicen que su ciencia, con la sola aplicación de las Ciencias Naturales en la Fisiología, llega á la negación del mundo de los espíritus, no son pocos los naturalistas y fisiólogos que encuentran antilógicos á los defensores de la fatalidad. El eminente fisiólogo Claudio Bernard manifiesta (1): «Lo que es esencialmente del dominio de la vida, y que no pertenece ni á la física ni á la química, ni á otra cosa, es la *idea directriz* de esta acción vital» (la idea directriz es *nuestro* periespíritu). En todo germen vivo existe una idea directriz, que se desarrolla y se manifiesta por la organización. Mientras el ser vive, se halla sometido á la influencia de esta misma fuerza vital creatriz, y la muerte ocurre cuando dicha idea no se puede realizar. Es siempre la misma idea la que conserva el ser reconstituyendo las partes vivas desorganizadas por el ejercicio ó destruídas por los accidentes ó enfermedades.

Sólo los que padecen alguna enfermedad en el cerebro y los de naturaleza histérica pueden ver á los seres invisibles, parece deducirse de la cuarta conclusión de lo afirmado por Tarrida del Mármol, lo cual ya es algo, no obstante su preconsignada negación de toda facultad espiritual.

Argumentemos, argumentemos, que no será seguramente el materialismo el que salga ganando.

RIPOLL.

Catarroja (Valencia) 10 Diciembre 99.

(1) Claudio Bernard, *Introduction á la médecine*.